E. VIDAL Y VALENCIANO

SOR TERESA

ó

EL CLAUSTRO Y EL MUNDO

DRAMA EN CINCO ACTOS



MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913



Sor Teresa o El claustro y el mundo

SOR TERESA

O

EL CLAUSTRO Y EL MUNDO

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EDUARDO VIDAL Y VALENCIANO

—×—

Representado con gran éxito en los principales teatros de Barcelona



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

REPARTO

Personajes	Actores
Sor Teresa	Doña Carlota de Mena.
Guillermina	Srta. Adela Clemente.
Sor Josefa.	» Pilar Clemente.
Sor Cecilia	» Balbina Pí.
Sor María.	» Anita Monner.
Eugenia.	» María Reinoso.
Don Gustavo. . . .	Don Antonio Tutau.
Donato.	» Juan Riba.
Teodoro	» Modesto Santolaria.
El Conde	» Miguel Pigrau.
Basilio	» Jaime Molgosa.
Marcelo	» Luis Muns.

Monjas y Educandas.

La escena se supone en Italia, durante el primer tercio del siglo XIX

ACTO PRIMERO

Salón ricamente amueblado. Puertas laterales y en el foro. Muebles de exquisito gusto. Consolas con candelabros, sofá, butacas y velador con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA

MARCELO, encendiendo los candelabros

MARCELO Antes de que cierre la noche encendamos las bujías; no sea caso de que el novio de la señorita Eugenia nos pille a obscuras. Pocas veces se habrá visto dos bodas en una misma casa y dos contratos en un mismo día. ¡Pero lo que son las cosas! La una todo es satisfacción... y alegría... La otra en cambio más que boda parece un entierro... ¡Así es el mundo! Unos ríen y otros lloran. Con todo, bien podríamos preguntar en esta ocasión: ¿quién reirá el último?

ESCENA II

Dicho y don GUSTAVO y ANTONIO, que vienen del foro

GUSTAVO (A Marcelo.) Esta carta a su destino.
MARCELO (Tomándola e inclinándose.) Está bien, señor.
GUSTAVO ¿Está avisado el notario?

MARCELO Y no tardará en venir. (Vase.)
GUSTAVO (A Antonio.) ¿Y el señor Conde?
ANTONIO Queda esperando al señorito Donato.
GUSTAVO Si alguien pregunta por mí, estoy en mi gabinete. (Vase.)

ESCENA III

ANTONIO; luego don BASILIO

ANTONIO ¡Señor, y qué de cosas pasan en el mundo!
BASILIO ¿Está en casa don Gustavo?
ANTONIO Sí, señor don Basilio.
BASILIO ¿Me hará usted el obsequio de avisarle mi llegada?
ANTONIO Al momento. (Vase.)
BASILIO Si cuanto se dice es cierto, no puedo autorizar un contrato que prohiben las leyes vigentes. ¡Parece imposible que un hombre a quien siempre he tenido por honrado y cumplido caballero, sea capaz de una monstruosidad semejante. Aquí viene.

ESCENA IV

Don GUSTAVO y don BASILIO

GUSTAVO (Dándole la mano.) ¡Adiós, mi querido notario! Esperaba a usted con verdadera impaciencia.
BASILIO Y aquí me tiene usted a sus órdenes. (Por los papeles.)
GUSTAVO Pues cuando usted guste podremos enterarnos del contrato. (Se sientan junto al velador.)
BASILIO Al momento; pero antes debo llamarle a usted la atención sobre el particular.
GUSTAVO ¿Pues qué ocurre? (Se sientan.)

BASILIO — Usted me ordenó la estipulación de unos capítulos matrimoniales entre su señora hija y el heredero del señor Conde.

GUSTAVO — Exactamente.

BASILIO — Y entre las condiciones capitales que usted se dignó darme por escrito, se lee: «Doto a mi hija única Eugenia Empoli, en la cantidad de cuatrocientos mil francos.»

GUSTAVO — Y deseo que así sea y no de otra manera.

BASILIO — Respecto de la cantidad asignada, nada tengo que oponer; pero hay una palabra que no puede figurar en el contrato, sin que antes tengamos una explicación.

GUSTAVO — Usted dirá.

BASILIO — Instituye usted heredera universal, para luego de su muerte, a su hija doña Eugenia, a la que llama usted única.

GUSTAVO — Ciertamente, toda vez que no dejo ni parientes siquiera.

BASILIO — Debo creerlo, puesto que usted así lo asegura; pero faltaría a mi deber, y a la confianza que usted me ha dispensado en todas las ocasiones de la vida, si no le dijera que hace muchos años me honro con el cargo de notario del Real convento de las Ursulinas.

GUSTAVO — ¿Y bien?

BASILIO — Ayer fuí llamado por la abadesa de aquel monasterio, y consultado sobre un asunto que quizás se relacione con el que nos ocupa.

GUSTAVO — Usted dirá.

BASILIO — He sabido por diversos conductos, que usted tiene otra hija...

GUSTAVO — (Atajándole.) Para su tranquilidad, me limitaré a decirle que aquella niña ningún obstáculo puede oponer, puesto que mañana habrá pronunciado sus votos.

BASILIO — Pero aun cuando esa niña cumpla sus votos, no deja de ser hija de usted, y una parte de los bienes le corresponden de de-

recho, y usted, don Gustavo, no puede despojarla por ningún concepto.

GUSTAVO ¡ Señor notario !

BASILIO La ley es terminante sobre este punto y usted comprenderá que yo no puedo autorizar un contrato que podría darse de nulidad. (Pausa, durante la cual don Gustavo reflexiona; después de pensar y haciendo un gran esfuerzo, dice :)

GUSTAVO Puesto que me habla usted en esos términos, es indispensable que le haga una dolorosa revelación ; pero antes, espero de usted que me guardará el secreto.

BASILIO Doy a usted mi palabra de honor.

GUSTAVO Pues le diré a usted que Guillermina, la joven que va a entrar en las Ursulinas, si bien es hija mía, no lo es legítima.

BASILIO ¡ Qué escucho ! (¡ Pobre niña !)

GUSTAVO Creo que esta revelación desvanecerá por sí sola todos sus escrúpulos.

BASILIO Ciertamente. ¿Y podrá usted suministrarme las pruebas?

GUSTAVO Y cumplidas. (Pausa.)

BASILIO ¿El señor Conde, como parte contratante, tiene conocimiento del particular?

GUSTAVO Lo sabe todo.

BASILIO ¿Y don Donato, el futuro de la señorita...

GUSTAVO Sabe que Eugenia tiene una hermana que va a entrar en un convento.

BASILIO Siendo así, para la escritura que usted desea, no hay óbice.

GUSTAVO Mil gracias, señor don Basilio.

ESCENA V

Los mismos y MARCELO

MARCELO Señor.

GUSTAVO ¿Qué ocurre? (Don Basilio se levanta.) No se moleste usted, se lo ruego. Habla.

MARCELO Su carta ha sido entregada a la misma señora abadesa, en propia mano, y me encargó le dijera que tendría necesidad de conferenciar con usted antes de las ceremonias.

GUSTAVO Está bien. Tenemos determinado que ambos esponsales se firmen en la misma iglesia. El de Eugenia tan pronto como terminen las ceremonias de Guillermina.

MARCELO (Que ha llegado al foro.) El señor Conde, don Donato y su amigo don Teodoro.

GUSTAVO Que me place. Teodoro es un joven simpático y muy jovial. Una de sus hermanas tomó el hábito de Ursulina hará dos años.

BASILIO Lo sé: cambió su nombre por el de Sor Cecilia.

GUSTAVO Precisamente; y su madre, que es toda una señora, quiere extraordinariamente a mi Eugenia, lo que hace que se le considere como de mi propia familia. (A Marcelo.) Avisa a la señorita doña Eugenia la llegada de don Donato. (Marcelo saluda y vase.) En presencia de mi hija y de su futuro, ni una palabra que recuerde mi novelesca aventura.

BASILIO Me ofende usted suponiendo siquiera...

GUSTAVO Sin las circunstancias que me han obligado a ello, nunca hubiera hablado de una historia que hace diez y ocho años está sepultada en el olvido.

ESCENA VI

Dichos el CONDE, DONATO y TEODORO

CONDE Nos hemos hecho esperar, querido amigo; pero qué le hemos de hacer, cuando median novios en las citas, la puntualidad no puede ser matemática.

GUSTAVO (Estrechándole la mano.) Mi querido Conde... ¿Y tu estimado hijo?

DONATO Muy bien; gracias. (Fríamente.)

GUSTAVO A usted ya sabe que se le quiere. (A Teodoro.)

TEODORO Gracias: y estoy bien seguro que es por lo que valgo y no por lo que tengo, pues mis caudales, que digamos, bien poco valor dan a mi persona.

GUSTAVO ¡Siempre decidor y alegre! (Al Conde.)

TEODORO ¿Qué quiere usted?... Cuando no tengo otra cosa que gastar, gasto alegría. Dicen que el mundo da vueltas y yo me río viendo valsar a la humanidad sin tregua ni descanso. Y a propósito de valsar, ¿creo que no faltará baile en la boda?

GUSTAVO Y desde ahora le nombro a usted director del cotillón.

TEODORO Aceptado. ¿Y la novia? ¿Dónde está la novia?

CONDE ¡Es verdad! ¿Y mi querida Eugenia?

GUSTAVO Prendiéndose el último alfiler.

TEODORO ¡Oh! Tarea importantísima, de más trascendencia que un endiablado plan diplomático.

DONATO Siento en el alma que se moleste, a la par que agradezco su deseo, al cual procuraré corresponder. (Siempre frío.)

GUSTAVO Por caridad, dejémonos de cumplidos, y tratémonos ya como de familia.

CONDE La etiqueta sobra entre amigos.

GUSTAVO ¿No opinas tú así?

DONATO ¿Por qué no? Yo he de hacer todo lo que ustedes quieran.

GUSTAVO Don Basilio me decía cuando llegasteis que tenía el contrato extendido.

TEODORO (¡Pobre amigo mío!)

DONATO (¡Tan pronto!)

CONDE Don Basilio se conoce que anda a la posta, cuando se trata de asegurar la felicidad de dos jóvenes.

TEODORO (En esta ocasión debía andar a paso de tortuga.)

BASILIO Falta un pequeño dato que ha de sumi-

nistrarme don Gustavo y quedará a la disposición de ustedes.

TEODORO (A Donato.) ¡ Ánimo, Donato ! El matrimonio todavía no es un acto consumado, y mientras hay vida hay esperanza.

DONATO (¡ Casarse con una mujer que no se ama ! ¡ Oh ! ¡ Esto es horrible !)

CONDE (Que ha estado conversando con don Gustavo.) ¡ Mi hijo aguarda ese momento con la mayor impaciencia ! ¿No es verdad, Donato? (Con imperio.) (¡ Habla !)

DONATO Es verdad. (Sumiso. Sigue conversando con don Gustavo.)

TEODORO Señor Conde, sea usted menos exigente. Usted sabe que su hijo consiente en ese enlace tan sólo para acatar su voluntad ; pero exigirle...

CONDE Caballero, sé muy bien lo que me hago. (Con sequedad. Teodoro queda por un momento admirado.)

TEODORO (Sí, ¿eh? En el lugar de Donato tenía que encontrarme, y sabrías como se dicen nones.) (Teodoro pasa a conversar con don Gustavo, en tanto que Donato habla con el Conde.)

CONDE Recuerda que el estado de nuestra casa es ruinoso, y que en tu mano está el único medio de salvarla. Ahora haz lo que quieras.

TEODORO Todo para una hija y nada para la otra, me parece una división muy equilibrada.

GUSTAVO ¡ Tendrá también su buena parte de honores !

TEODORO ¡ Ah, sí ! Una renta muy positiva. Yo tengo muchos títulos mobiliarios, ni uno siquiera de la renta del Estado ; pero se van el uno por el otro. ¿Y ambas ceremonias tendrán efecto en el mismo convento?

GUSTAVO Es mi opinión.

CONDE (Entra en el diálogo.) Y la creo muy acertada.

TEODORO Acertadísima. (Veamos si puedo cambiar el tono de ese cuadro.) ¡ Oh ! ¡ Qué idea ! Oigan ustedes, señores ; usted también,

señor notario. Deje usted en paz por un momento sus teje-manejes y a ver si es usted de mi opinión.

BASILIO (Dejando de escribir, lo que ha hecho durante toda la escena.) ¿De qué se trata?

TEODORO Mañana toma el hábito la hermana de Eugenia, como si dijéramos la cuñada de Donato, porque creo que sabrá usted que Donato y Eugenia se casan mañana también. (Siempre ligero.)

BASILIO Sí, señor, debo saberlo. (Riendo.)

TEODORO Pero lo que usted no sabe, es que ambas ceremonias se efectúan en el mismo monasterio. ¿Lo sabía usted?

BASILIO Sí, señor; lo sabía también.

TEODORO De lo que se habrá usted alegrado, porque usted es muy goloso... y las Ursulinas hacen unos pasteles...

BASILIO Don Teodoro... por Dios...

TEODORO Hacen muy buenos pasteles... ya sabe usted que los dos hemos amasado... digo, comido juntos .

GUSTAVO ¡ Siempre de buen humor !

TEODORO Pues bien: propongo que en el solemne acto de los plácemes y enhorabuenas...

BASILIO Ay, don Teodoro, que se pierde usted... ¡ que se pierde usted !...

TEODORO Cállese, si puede... Pues propongo que Donato, cuya fácil palabra y poética fantasía le han valido fama de elocuente orador, pronuncie un discurso en elogio de la monjita.

DONATO (¡ Yo ! ¡ Yo mismo !)

TODOS Muy bien pensado.

CONDE ¡ Felicísima idea !

DONATO No, no; eso no puede ser. ¡ No puede ser !

BASILIO Pero ¿por qué razón?

DONATO Como ha dicho bien Teodoro... casi soy hermano de la novicia y... (Excusándose.)

CONDE Razón de más.

DONATO La costumbre no ha autorizado que nadie hable en causa propia...

TEODORO Sí, hombre, sí. Yo tuve la malhadada idea de introducir esa costumbre.

BASILIO Que se pierde usted, don Teodoro... ¡ que se pierde usted !... (Riendo siempre.)

TEODORO No tema, señor don Basilio.

DONATO Pues nadie como tú. Yo no me siento con ánimo... tú puedes hacerlo.

TEODORO ¡ Yo ! ¡ Imposible ! Imposible de todo punto.

DONATO Eso es una excusa de mala ley.

TEODORO Lo tengo terminantemente prohibido.

GUSTAVO Usted lo dice...

TEODORO Señor notario del diablo, deje usted de reirse a mi costa y dé usted fe de mis palabras.

BASILIO Señores, es la verdad. Don Teodoro nc puede hablar en un acto como el de que se trata, porque tiene empeñada su palabra de no volverlo a intentar siquiera.

TEODORO Y voy a explicar el por qué, antes de que ustedes lo pregunten. Cuando profesó mi hermanita, hoy la respetable Sor Cecilia, en el Real monasterio de las Ursulinas, es por demás que les diga que el número de convidados fué grande y escogido. El espíritu maligno, sabido es que no hace más que un trabajo, y éste mal hecho ; quiso tomarme a mí por juguete, y me aconsejó que improvisara un discursito en loor de la nueva hermana y esposa de Jesucristo... Pues señor... no se ría usted, mal prójimo. (Al notario.) Me levanto, toso, saludo y empiezo a hablar. Lo que pasó por mí no sabré explicárselo a ustedes... porque ni yo he sabido explicármelo. Nunca he tenido cortedad, lo confieso ; pero en aquel momento me pareció que veía un millón de lucecitas, y que cada oyente tenía cien cabezas con doscientos ojos que se fijaban sobre mí. Buscaba ideas y no parecía sino que alguien me las arrebataba antes de que lle-

garan a mis labios. El tiempo iba transcurriendo : el auditorio escuchando lo que yo no decía, y yo hablando lo que no pronunciaba ; únicamente las manos no paraban de llamar la atención, como si otro que no fuese yo las moviera por su cuenta. El lance era por demás cómico y ridículo ; pero de pronto, como si se hubiera soltado el muelle que sujetaba mi lengua, empecé a hablar y a hablar : pero sin ton ni concierto, según pude colegir por la risa del concurso. Recuerdo, sí, que ponderé las virtudes de Santa Ursula,, y de las once mil vírgenes ; deseando para mi hermana y para todos mis oyentes que aumentaran aquel asombroso número, sin atender que en él figuraban varios reverendos, algunos tipos como el señor notario, y no pocas mamás. Que hablé de Santo Tomás, de las glorias eternas, de la música antigua y moderna representada por mi hermana que por esta razón había tomado el nombre de Cecilia, de las penas del infierno, de Orfeo, de Dante y otros poetas, en fin, qué sé yo lo que salía por mi boca. Mi madre tosía, como diciéndome, basta ; los reverendos se sonaban con estrépito cuando se me escapaba alguna herejía, los jóvenes se reían y hasta un perro que allí se entró, yo no sé cómo ni por dónde, ladró asustado de mi torbellino de palabras. Pero lo terrible para mí en aquel duro trance, era que así como no había visto la manera de empezar, menos encontraba el modo de concluir, y a buen seguro que estaría hablando todavía, si el bueno del organista, sin duda comprendiendo mi situación, no suelta a una todos los registros del órgano, con cuyo inesperado auxilio terminé mi discurso, prometiendo

empero formalmente no volver a improvisar en los siglos de los siglos. Amen.

BASILIO De todo lo cual doy fe.

CONDE Si es así, le dispensamos.

BASILIO Pero Donato es diferente, su reputación está bien sentada...

DONATO Pero mis labios se resistirían a pronunciar una sola palabra; mi ánimo desmayaría a la vista de tan conmovedora escena. La sola idea de que una joven, en los más hermosos años de su vida, cuando todo para ella deben ser ilusiones, esperanzas y ensueños de ventura, da un adiós eterno al mundo, para enterrarse viva en un sombrío claustro donde las lágrimas no serán consoladas, donde sus suspiros se estrellarán contra los triples muros de aquella inmensa sepultura; donde los latidos de su corazón se oirán como las pisadas secas del andar de la muerte; donde...

GUSTAVO (Interrumpiéndole con calor.) Pero ella lo hace por su propia voluntad.

DONATO Pero mañana puede arrepentirse, y entonces maldecirá de su estado y de cuantos le dedicaron alabanzas.

GUSTAVO ¿Nos desairas?

DONATO No es desaire ...

CONDE ¿Y a tu padre también?

DONATO ¡Desea usted que hable!... (Con pena.) ¡Pues sea! Hablaré. (¡Qué suplicio!)

GUSTAVO Gracias.

TEODORO Ten presente que la joven tiene los ojos negros. El cabello negro...

GUSTAVO No; rubio.

DONATO ¡Rubio!

TEODORO Bien: negro o rubio lo mismo da. De todos modos ha de ser un ángel más que aumentar el coro del Señor.

BASILIO ¡Muy bien, señor don Teodoro!

TEODORO ¿Pues qué se figura usted? No siempre han de ladrarme los perros. ¡Pero qué

miran mis ojos ! Hablaba de un ángel y aquí llega otro. ¡ Donato, qué bonitísima es !

DONATO (¡ Pobre víctima inocente !)

ESCENA VII

Dichos y EUGENIA

CONDE ¡ Mi querida Eugenia !

DONATO ¡ Señorita !

GUSTAVO (Que se adelantó a recibir, dándole la mano.) (Recuerda lo que me tienes prometido.)

EUGENIA (He jurado obedecer a usted, padre.) (En tanto que forman grupo el Conde, Donato, don Gustavo y Eugenia.)

BASILIO ¿Qué le parecen a usted los novios?

TEODORO Que están tan alegres como si trataran de otorgar testamento.

CONDE ¿Pero, a qué tanta ceremonia? Creo que es ya hora de que os tratéis con verdadera franqueza.

GUSTAVO No comprendo tanto cumplido. Dentro de pocas horas seréis el uno del otro, y os habláis como extraños. (Sigue el diálogo por indicaciones.)

TEODORO ¡ Y estos padres no comprenden que sus hijos no se aman ! ¡ Dónde tienen los ojos ! ¡ Señor, dónde tienen los ojos !

DONATO Todo mi afán, señorita, se cifrará en hacerla a usted feliz.

GUSTAVO Muy bien, Donato.

TEODORO (Muy mal.) Señores : yo opino que mientras los jóvenes hablan de lo que a ustedes no les interesa, (Voy a dejarte solo.) los papás, que tanto cuidan de su felicidad, pueden con el señor notario despachar la parte... como diré... material... no, no es la palabra... ¡ prosaica del asunto ! ¿No les parece a ustedes? Digo, si no opinan lo contrario.

GUSTAVO Perfectamente. ¿Cuando ustedes gusten?

TEODORO Así todo se compagina. Allí, la prosa. Aquí, la poesía. (Yendo a los jovenes.) El tiempo es corto; os dejo solos. Habla: acaba esta situación difícil y embarazosa. Señorita... hasta en seguida.

DONATO Gracias, Teodoro. (Dándole la mano.)

TEODORO Buena suerte y sabes que puedes contar conmigo en cuerpo y alma.

ESCENA VIII

DONATO y EUGENIA

DONATO (¡Debo romper el silencio!) (A Eugenia.) Señorita: nuestra posición es bien extraña...

EUGENIA Donato, lo sé todo.

DONATO Y bien. ¿Qué opina usted?

EUGENIA Que debemos resignarnos.

DONATO Eugenia, yo debo disculpar mi extraña conducta con usted; mi frialdad, mi indecisión. Nuestros padres, por miras particulares, sin consultar nuestros corazones, ni darnos tiempo para tratarnos íntimamente, concertaron nuestro matrimonio; ¿debemos resistirnos?

EUGENIA Nunca, Donato.

DONATO Me falta oir de sus labios la última palabra para saber cual ha de ser nuestra futura suerte.

EUGENIA Donato, obedezcamos a nuestros padres.

DONATO Está bien; me casaré con usted; pero desde este momento juro que en mí sólo tendrá usted un hermano, que sabrá guardar como se merece, el sagrado depósito que recibo de su señor padre.

EUGENIA Donato... ¡qué generoso es usted!

DONATO ¿Por qué, pudiendo ser felices, se nos condena a una eterna infelicidad?

EUGENIA Ya que debemos sufrir ese sacrificio, que el mundo no se ría de nosotros.

DONATO ¡ Es usted un ángel !

EUGENIA No soy más que una débil mujer.

DONATO Seguiré sus consejos. Ordene, mande, yo obedeceré ; y si alguna vez me ve usted triste y pensativo...

EUGENIA En mí encontrará siempre una amiga fiel y compasiva.

DONATO ¡ Oh ! Lo creo, amiga mía.

EUGENIA Esta es mi mano. (Se la ofrece.)

DONATO La acepto en cambio de la mía. (Estrechándola.)

EUGENIA Sí ; el sacrificio las ha unido...

DONATO Sigo estrechando tan leal lazo y dando a usted ejemplo de respeto ; mañana pronunciaré el elogio de nuestra hermana, toda vez que tal es el deseo de su padre.

EUGENIA Gracias, hermano mío. (Estrechando su mano con efusión.)

DONATO Hasta mañana, pues.

ESCENA IX

Dichos, TEODORO ; luego, el CONDE, don GUSTAVO y don BASILIO

TEODORO (Que se presenta momentos antes y sorprende sus últimas palabras.) ¡ Creo que por fin he logrado que se entiendan ! ¡ Oh, qué gran triunfo ! (Va a la puerta y aparecen el Conde y don Gustavo.)

EUGENIA Hasta mañana.

TEODORO Quiero ser el primero en daros mi enhorabuena. (Sorprendiéndoles.)

DONATO ¡ Qué !

EUGENIA ¡ Usted aquí !

CONDE Y nosotros, para ser testigos de vuestra felicidad.

GUSTAVO Sólo faltan vuestras firmas para que el contrato quede en toda regla. (Pausa, duran

te la cual Donato lucha. Por fin se decide y tendiendo su mano a Eugenia, dice:)

DONATO Eugenia, faltan nuestras firmas.

EUGENIA Sea. (El Conde y don Gustavo los siguen con verdadera satisfacción. Teodoro, que queda en el proscenio, viéndoles marchar, dice:)

TEODORO Pues, señor, les di mi enhorabuena y creo que debía darles el pésame. La intención ha sido buena... valga por la intención.

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala en la portería del convento de las Ursulinas. Mesa de nogal. Sillas de baqueta. Algunos cuadros de grandes dimensiones adornan las paredes.

ESCENA PRIMERA

Sor JOSEFA y Sor MARÍA

S. JOSEFA ¿Qué te parece, Sor María, la nueva madre Superiora?

S. MARÍA ¡Ay, queridísima hermana! Que es necesario bendecir a Dios, aun cuando nos mande adversidades.

S. JOSEFA No es censurar las disposiciones de Monseñor. ¡Dios me libre de ello!; pero me parece que la elección ha sido... que diré... poco política, como dicen los mundanos. La resolución de llamar a una madre desde tan lejos... para ocupar el puesto de la difunta Sor Benedicta... la que si bien era muy rígida, enfadosa, excesivamente sofista. ¡Dios me libre si murmuro!, no dejaba de ser una buena religiosa.

S. MARÍA Qué quieres. Su Ilustrísima habrá sabido bien lo que se hacía y a nosotras no nos incumbe, querida hermana Josefa, juzgar las disposiciones de los superiores; pero convengo en que se ha cometido una in-

justicia, porque este puesto te correspondía a ti, por ser la más antigua, la más prudente... la más humilde... la más...

S. JOSEFA (Interrumpiéndola.) ¡ Calla, hermana, por caridad ! Estas son palabras vanas y yo no debo escucharlas. Cierto que debía resentirme por tal injusticia... pero el cielo me guarde de ello. Siempre digo : hágase tu santa voluntad.

S. MARÍA Amen.

S. JOSEFA Por ti es por quien lo siento, querida hermana, porque si me hubiese nombrado abadesa, te hubiera elegido al momento para que me substituyeras.

S. MARÍA Ya está hecho y es preciso resignarnos a la voluntad de Dios. (Pausa corta.)

S. JOSEFA ¿ Pero me dirás en qué piensa la Madre Abadesa?

S. MARÍA Hasta ahora, sólo ha reunido a la Comunidad una vez.

S. JOSEFA ¿ Y para qué?

S. MARÍA Para mirarnos fijamente, sin ni siquiera dejarnos oir el metal de su voz.

S. JOSEFA Las educandas tan sólo la han visto breves momentos, fijándose con especial preferencia en Guillermina, que sabe está próxima a profesar y despertando con su predilección la envidia de sus compañeras.

S. MARÍA ¡ Oh ! ¡ Qué mal sistema !

S. JOSEFA Malísimo.

S. MARÍA Pero yo estoy a la mira de todo para informar al canciller ; por supuesto, sin ánimo de perjudicar a nadie. Este señor puede sernos muy útil y lo ha sido ya obteniéndonos muchos privilegios, como el vestir individualmente.

S. JOSEFA La abolición de la clausura, limitándola a los pisos superiores.

S. MARÍA Y a las salas de las educandas...

S. JOSEFA ¡ Oh, hermana mía ! Tendré constantemente los ojos fijos en esa Sor Teresa, y

si llevase malas intenciones... a su tiempo... y con la debida cautela...

S. MARÍA Cuidadito, hermana; a veces esas mosquitas muertas son más astutas que las comadrejas y nosotras... pobres inocentes...

S. JOSEFA A mis años, ya comprenderás que una sabe andar y pisar quedo...

S. MARÍA ¡Que el Señor nos ilumine!

S. JOSEFA Para su mayor gloria.

S. MARÍA Amen. (Pausa corta, durante la cual se miran fijamente.)

S. JOSEFA ¡Cuán buena eres!

S. MARÍA ¡Nunca tanto como tú!

S. JOSEFA ¡Y a pesar de todo, no pasamos de simples monjas!

ESCENA II

Dichas y Sor TERESA

(Sor Teresa aparece en la puerta. Sor María y Sor Josefa vuelven a su actitud.)

S. MARÍA ¡La abadesa! (Dominándose.)

S. JOSEFA Prudencia. (Idem.)

S. TERESA La paz de Dios sea con vosotras, hermanas.

LAS DOS Y el Señor contigo.

S. TERESA Amen. (A Sor Josefa.) ¿Sois vos la más antigua del convento?

S. JOSEFA Sí, reverencia; e hice largo tiempo las veces de vice-abadesa.

S. TERESA Necesito hablaros a solas. Mientras, pasad a vuestra celda, hermana.

S. MARÍA ¡A mi celda!... Pero...

S. TERESA ¿Os lo tengo que repetir?

S. MARÍA No... es decir...

S. TERESA Obedezca. Este es el primer deber, y a vuestra edad no deben ignorarse las reglas de la orden.

S. MARÍA ¡ Alabado sea Dios ! (Cruzando sus manos y mirando al cielo.) (¡ Pobre Sor Benedicta ! No debías haber muerto nunca.) (Vase.)

ESCENA III

Sor TERESA y Sor JOSEFA

S. TERESA Si bien hace muy pocos días que estoy al frente de este monasterio, he podido observar que hay mucho que corregir, no solamente respecto de nosotras, sino tocante a esas pobres niñas, sagrados depósitos confiados a nuestra custodia por sus cariñosos padres. El rigor que con ellas se usa es extremado ; y por ese sistema sólo se consigue embrutecer sus tiernas inteligencias. El refectorio es sobrado suculento para nosotras, que hemos hecho voto de pobreza, y por el contrario es parco para esas pobres niñas, que sobre pagar una buena pensión necesitan por su edad y desarrollo, nutrición abundante. Las prácticas religiosas se hacen mal y sin regularidad. Las lenguas de algunas monjas ancianas andan muy sueltas, y su lenguaje es hipócrita e impropio del hábito que visten. Poco a poco y con vuestra ayuda, pondremos remedio a tanto desorden.

S. JOSEFA Me permitiré observar a vuestra reverencia, que las costumbres de nuestro monasterio son muy antiguas y que desde hace más de veinte años no ha habido variación.

S. TERESA Pues por lo mismo que el mal está inveterado, el remedio se hace más preciso. El mundo progresa y es indispensable que nosotras hagamos otro tanto.

S. JOSEFA (¡ El mundo progresa ! ¡ Oh, qué pala-

bras !) Se hará cuanto disponga su reverencia.

S. TERESA A otra cosa. Tenga usted presente, y participélo a las demás hermanas, que no quiero títulos que no me corresponden. Llámenme su hermana, su amiga... en una palabra, Sor Teresa. No quiero reverencias. Quédense éstas para los santos y los altares.

S. JOSEFA (Mañana mismo lo sabrá el canciller.) Si vuestra reveren.... digo, si Sor Teresa me permite... (Con retintín.)

S. TERESA (Sin pararse en ello.) Una pregunta. ¿Esas canastas de dulces que salen del monasterio todos los días, adónde van? ¿Para quién son?

S. JOSEFA ¡Dios de bondad! Se regalan, según costumbre...

S. TERESA Muy mal hecho. Queda terminantemente prohibido para lo sucesivo. Quien vive de limosna, no puede, sin ofender a Dios, regalar a los ricos y menos ofrendas de cosas de lujo.

S. JOSEFA (¡Qué revolucionaria!) Serán acatadas sus órdenes.

S. TERESA Por de pronto, que se distribuyan entre las educandas todas las golosinas que hubiese preparadas. Hoy debe ser para ellas día de fiesta, puesto que va a profesar una nueva hermana.

S. JOSEFA ¿Y para nosotras?

S. TERESA Ayuno riguroso.

S. JOSEFA ¡Cómo!

S. TERESA ¿No pueden ustedes hacer un día de penitencia? Todas gozamos de excelente salud, y además hoy es viernes. (Pausa.) Basta; decid a Guillermina que se presente.

S. JOSEFA Cumpliré vuestras órdenes.

S. TERESA Un momento. Decidme, hermana. ¿En la decisión de vestir el hábito esa joven, tomasteis parte con palabras... consejos...

o inspiraciones emanadas de sus padres?

S. JOSEFA Es voluntad pura. Vocación inspirada por Dios.

S. TERESA ¡ Feliz ella ! (Sondearé con todo su corazón.) (Le hace seña de que puede retirarse.)

S. JOSEFA (¡ Qué déspota ! ¡ Qué tirana !) (Vase.)

ESCENA IV

Sor TERESA

S. TERESA Este cargo es sobrado para mí. ¿Por qué no me dejan en paz en el monasterio donde he vivido por espacio de diez y seis años? Las reglas de esta casa se han perdido por completo. Y aquella criatura tan joven, tan pura... y próxima a profesar... ¡ Dios mío ! Tiemblo por si ella se equivoca en la elección de su estado... ¡ Desgraciada si en la flor de su edad... si !...

ESCENA V

Dicha y Sor CECILIA, que viene espiándola, con un papel en la mano

S. TERESA (Con gran indignación.) No puedo tolerar esa infame costumbre del espionaje, del cual no resulta más que males sin cuento...

S. CECILIA Señora... yo...

S. TERESA (Con desprecio.) Enmudezca usted.

S. CECILIA (¡ Ah, Sor Josefa ! ¡ Sor Josefa !) (Sor Teresa le arranca el papel de la mano sin dejar que diga una sola palabra.)

S. TERESA (Lee.) «A Luisa Rems, por impaciente, tres días de ayuno». ¡ Qué locura ! pretender sujetar un corazón expansivo. «A Rosa Doria, por llanto prolongado, reclusión por dos días en la celda». (Alterándose.) ¿Puede darse mayor injusticia? Querer

ahogar hasta nuestras lágrimas. (Con emoción.) «A Guillermina Empoli, por resistirse al cilicio y frialdad al oir nuestros consejos... (Con desdén.) Ayuno y por cama el suelo». (Indignándose.) ¡Esto es demasiado, Sor Cecilia! ¿Me engañarían vuestros ojos en los que brilla la bondad? ¿Seríais tan cruel que os gozaséis en esos castigos? Vos, tan joven, casi una niña...

S. CECILIA ¡Ah! madre, yo no soy... yo no soy...

S. TERESA ¿Pues de quién dimana tanta crueldad?

S. CECILIA De Sor Josefa.

S. TERESA De ella sola. (Con desdén, después de breve pausa.) Que se perdone a todas esas niñas.

S. CECILIA (Besándole las manos.) ¡Bendita seais cien veces! Mirad, madre mía, lloro de gratitud por ellas.

S. TERESA Lágrimas de gratitud por nuestros hermanos... éstas son las más aceptas al Señor. En mis brazos, hermana mía; desde este instante seré vuestra más tierna amiga. (La abraza.)

S. CECILIA ¡Qué buena sois, madre! Con vuestro abrazo he experimentado un placer inexplicable. ¿Desaprobáis, pues, los castigos impuestos a aquellas pobres inocentes?

S. TERESA ¡Quien ha soportado tantos dolores como ha sufrido mi pobre corazón, sabe y debe compadecer las desdichas ajenas! Os miraba con frecuencia y en vuestros ojos leía la dulzura, la ingenuidad y el amor al prójimo. No me he engañado. Amadme siempre, Sor Cecilia, lo quiero; creedme, lo necesito.

S. CECILIA ¡Con toda mi alma! (Pausa.)

S. TERESA ¿Tomasteis el velo por verdadera vocación?

S. CECILIA Sí, madre.

S. TERESA Lo creo. Tan hermoso corazón no puede

mentir. ¿Habéis sufrido mucho en este claustro?

S. CECILIA Mucho; pero este momento me compensa de todas mis pasadas amarguras.

S. TERESA Dios os concederá mejores días. Ahora, anunciad a las educandas, que hoy es día de asueto. Pasen todas al jardín y vos sola cuidaréis de su vigilancia.

S. CECILIA ¿Qué dirán Sor Josefa y Sor María que siempre las han custodiado?

S. TERESA Las diréis que es orden de la madre superiora. Podéis retiraros.

S. CECILIA El cielo os ha traído para nuestro consuelo.

ESCENA VI

Sor TERESA

S. TERESA Corazones tiernos y sencillos... cuán mal se os conoce. ¡Ah! Si supieran que la perversidad o la dulzura es consecuencia del trato y del ejemplo... (Asomándose a la ventana.) ¡Qué alegres corren! ¡Cuán bellas son! Almas ingenuas que no habéis probado los males de la tierra, que sois felices, ¿por qué mi corazón recela por vuestro porvenir? (Pausa.) Yo también, como vosotras, fuí dichosa... también mi vida se deslizaba feliz en un campo de flores... ¡Dios mío! (Cambiando su entusiasmo en pesadumbre.) Apartad de mí ese recuerdo; alejad esa sombra engañosa; mis esperanzas todas fueron tronchadas por la crueldad de los hombres, y mis recuerdos deben sepultarse en el olvido y en la desesperación... ¡Ah! (De pronto se horroriza de sí misma y observa con terror.) ¡Estoy sola! ¡Nadie me habrá oído!... (Pausa, durante la cual figura que reza. En tanto, viene Guillermina. Su paso es lento.) ¡Guillermina! ¡Oh, cuán len-

tamente viene! ¡ Pobre niña! Si tu vocación no te llama al claustro... yo seré tu amiga... tu protectora... tu madre. (Guillermina entra con la cabeza baja y las manos cruzadas sobre el pecho.)

ESCENA VII

Sor TERESA y GUILLERMINA

GUILLER. Señora...

S. TERESA (¡ Pobre niña!) Levante usted la cabeza y no tema...

GUILLER. Me ha dicho Sor Cecilia que es usted tan buena...

S. TERESA (¡ Cuán bella es!) (Dirigiendo su mirada al cielo como recordando cosas dolorosas.)

GUILLER. ¿Por qué me mira usted así?

S. TERESA ¿Qué edad tiene usted, hija mía?

GUILLER. Diez y ocho años.

S. TERESA (Sobrecogida y mirando a Guillermina. Con abatimiento.) ¡ Diez y ocho años!

GUILLER. (Observando la aflicción de Sor Teresa.) Madre... ¿Qué tiene usted?... ¿Por qué las lágrimas surcan sus mejillas?

S. TERESA (Comprendiendo su imprudencia.) ¿Lágrimas?... No, no es nada... (Dominándose.) (¡ Diez y ocho años! ¡ Terrible recuerdo!)

GUILLER. Usted sufre. ¡ Dios mío! ¿Seré yo la causa?

S. TERESA (Con sumo afecto.) ¿Usted?... Nunca, Guillermina. Figúrese usted que en este momento no se encuentra ni en presencia de una superiora, ni de una mujer rígida; antes al contrario, en compañía de una tierna madre, y que ésta la dice: Hija mía, ¿tomas el velo por vocación? ¿Es Dios quien te llama al claustro?

GUILLER. (Bajando los ojos.) Madre...

S. TERESA Habla sin temor; las paredes de esta sala no tienen eco, estamos solas, y si quie-

res ni yo misma me acordaré de tu confesión.

GUILLER. ¡Madre mía!...

S. TERESA ¿Es por vocación que quieres renunciar al mundo, vestir estas toscas lanas, y matar todas tus esperanzas e ilusiones?...

GUILLER. (Arrojándose en los brazos de Sor Teresa.) ¡Ah!... no.

S. TERESA (Con interés siempre creciente.) ¡No! ¿Ha dicho usted que no? ¿Pues entonces, por qué ahoga los latidos de su corazón?... ¿Por qué renuncia usted al mundo... a su porvenir?...

GUILLER. (Llorando.) Es mi padre...

S. TERESA ¡Su padre de usted! ¿Será posible?

GUILLER. ¡Oh, madre mía! Tres años ha que vivo en eterna lucha. Tres años que veo cernerse la muerte sobre mi cabeza; pero no hay remedio, he de someterme a la imperiosa voluntad de mi padre y a las amenazas de Sor Josefa. (Movimiento de sorpresa en Sor Teresa.) Yo no debía acusarles, lo sé; pero, madre mía, yo no puedo mentir.

S. TERESA Basta. Sosiéguese usted, Guillermina. En mí tendrá siempre una mano protectora. Confianza en Dios y usted se salvará.

GUILLER. Mi gratitud será eterna: pero todos sus esfuerzos serán inútiles.

S. TERESA ¿Es posible? ¿Acaso la odia su padre?

GUILLER. Nunca me ha querido ni puede quererme porque siempre me ha tenido lejos de él.

S. TERESA Hable usted; quiero saberlo todo.

GUILLER. Mi madre murió al darme a luz. ¡Ah! si hubiese vivido no sería yo tan infeliz.

S. TERESA Su madre de usted no existe.

GUILLER. Ignoro como transcurrieron mis primeros años; sólo recuerdo que viví en Ferrara hasta la edad de quince años, al cuidado de una honrada familia. En aquella época fuí arrebatada una noche de aquel lugar, sepultada en este claustro y conde-

nada a tomar el velo, porque así mi padre lo ha dispuesto.

S. TERESA ¿Y por qué razón? (Con entereza.)

GUILLER. Para no dividir sus pingües rentas y realizar, gracias a las riquezas, el casamiento de mi hermana.

S. TERESA ¡Santos cielos!

GUILLER. Aseguro a usted que he sufrido todos los tormentos que puede imaginar la mente humana, desde que me vi arrebatada de los brazos de aquella honrada familia, sin poder dar un adiós siquiera al objeto de mi amor.

S. TERESA ¿Es decir que usted ama?

GUILLER. Sí, señora; y aunque sin esperanzas amaré siempre. (Pausa.)

S. TERESA Tranquilízase usted. Que nada sepa Sor Josefa... Yo estoy a su lado... Vaya usted a reunirse a sus amigas y ni una palabra a nadie... Su padre debe venir de un momento a otro...

GUILLER. Usted me consuela.

S. TERESA El nombre del joven a quien usted ama.

GUILLER. (Dudando.) ¿Su nombre?

S. TERESA ¿Acaso teme usted?

GUILLER. De usted, nada. Se llama Donato Rimondi.

S. TERESA ¿Es honrado?

GUILLER. (Con pasión.) Es un ángel.

S. TERESA Basta: separémonos.

GUILLER. (Abrazándola.) ¡Oh, madre mía! (Vase.)

S. TERESA ¡Señor! Tú que consuelas a los afligidos, concede a esa pobre criatura aquella felicidad que a mí se me negó siempre. (Se oye la campana de la portería.) Alguien llama, ¿quién será?

ESCENA VIII

Dicha y Sor CECILIA

S. CECILIA La portera ha anunciado a don Gustavo Empoli.

S. TERESA ¡ El padre de Guillermina ! Que pase. ¡ Omnipotente Dios, tú que todo lo puedes, inspírame para que lleve el convencimiento hasta su alma ! (Cúbrese el rostro con el velo.)

ESCENA IX

Dichas y don GUSTAVO

S. TERESA Pase usted, caballero.

GUSTAVO Gracias. (Entretanto Sor Cecilia acercó sillas y vase.)

S. TERESA Tome usted asiento.

GUSTAVO Gracias. ¿Sor Josefa no está visible?

S. TERESA (¡ La voz de este hombre !) (Piensa un momento; luego, como si hubiese desechado un funesto pensamiento, dice tranquila e insistiendo para que se siente.) Ruego a usted, caballero...

GUSTAVO Con su permiso. (Sentándose.)

S. TERESA Su carta dirigida a la abadesa, vino a parar a mis manos, porque desde hace ocho días soy la superiora de esta casa, como antes lo había sido en carácter de interina, Sor Josefa.

GUSTAVO Siendo así, diré a usted, respetable hermana, lo que hubiera dicho a Sor Josefa.

S. TERESA Puede usted hablar con toda libertad.

GUSTAVO Creo que esta mañana es la señalada para que Guillermina, siguiendo los impulsos de su corazón, entre a formar parte de esta piadosa familia.

S. TERESA En efecto, y todo está ya preparado ; pero antes es indispensable saber si la jo-

ven... si su hija de usted, ingresa por pura vocación.

GUSTAVO Sor Josefa habrá informado a usted de todo, y en particular de las santas inclinaciones de Guillermina.

S. TERESA Perdone usted, don Gustavo; pero yo nunca acostumbro interrogar a los demás sobre tan delicado punto. Mi deber, mi cargo, me obligan a averiguar por mí misma el entusiasmo y la vocación que las neófitas sienten para el estado monacal, y si un profundo análisis me demuestra que su fe y sus esfuerzos no son bastantes para soportar una vida llena de abnegación y de privaciones, entonces debo facilitarles la salida, devolviéndolas a sus padres y a sus familias.

GUSTAVO Es muy justo; pero Guillermina no se halla en este caso.

S. TERESA ¿Cree usted, pues, caballero, que su hija va a profesar de buen grado? ¿Lo cree usted?

GUSTAVO Estoy persuadido.

S. TERESA ¿Ha hablado usted con su hija?

GUSTAVO No; pero Sor Josefa me lo ha asegurado repetidas veces.

S. TERESA Caballero, siento decir a usted que Sor Josefa estaba equivocada.

GUSTAVO ¡Imposible!

S. TERESA ¿Duda usted de mi palabra? Pues sépalo usted de una vez. Su hija aborrece el claustro.

GUSTAVO ¡Ella! ¡Guillermina!

S. TERESA Si usted quiere convencerse por sí mismo, no tengo más que llamarla y podrá oir lo que sollozando y suplicante acaba de confiarme en este mismo sitio.

GUSTAVO ¿Y qué es lo que pidió a usted?

S. TERESA Que la salve de ese horrible abismo. La justicia exige que yo la conceda mi protección, y lo haré con todas mis fuerzas.

GUSTAVO Advierta usted, madre abadesa, que las

jóvenes a esa edad no saben discernir lo que les conviene.

S. TERESA (Con calor siempre creciente.) ¡ No saben discernir y quiere usted que contraiga lazos indisolubles ! ¡ No saben discernir y quiere usted que renuncie para siempre a cuanto ha soñado su corazón !

GUSTAVO Perdone usted, pero...

S. TERESA En conclusión, don Gustavo, pruébeme que Guillermina profesa por vocación y tomará el velo hoy mismo ; de lo contrario, mañana la restituiré a su familia.

GUSTAVO (Con entereza.) Y sin embargo, Guillermina tendrá que profesar.

S. TERESA ¡ Una violencia ! Nunca mientras yo viva. (Con dignidad.)

GUSTAVO Madre abadesa, siento tener que recordar a usted que soy su padre y como tal puedo disponer de ella.

S. TERESA (Con calor y gran interés.) Dispondrá usted, atropellando las leyes, de su vida material ; pero, ¿quién puede disponer de su alma, obligándola a tomar un estado que su voluntad rehuye? Por qué, sépalo usted de una vez, Guillermina no puede tomar el velo, porque ama a un hombre y su corazón no la impulsa al claustro sino al mundo, donde también puede ser útil al prójimo y merecer la gracia de Dios.

GUSTAVO Y puede usted suponer...

S. TERESA Ella misma lo ha revelado y yo he jurado defenderla, y la defenderé.

GUSTAVO ¡ Contra mí !

S. TERESA Contra todo aquel que quiera violentar sus inclinaciones, obligándola a ser perjura. (Pasando de la energía a la dulzura.) Caballero, se lo suplico ; llévesela usted y hágala dichosa.

GUSTAVO Guillermina no puede formar parte de mi familia. Imposible.

S. TERESA ¡ Imposible !... Y ¿por qué?

GUSTAVO Evíteme usted una palabra que sonaría mal en sus oídos.

S. TERESA Deseo saberlo todo. Debo saberlo.

GUSTAVO Las circunstancias obligan; y debo añadir que si esta joven abandona esta casa, tendrá que andar errante... sin protección... y viviendo de sus propios recursos.

S. TERESA (Para sí y casi horrorizada.) (¡Eterno Dios! ¡Y es un cristiano... un padre... quien así habla!)

GUSTAVO Suplico a usted, señora, que no me obligue a hablar.

S. TERESA (Con ansiedad.) Hable usted.

GUSTAVO Ruego a usted que respete mi reserva.

S. TERESA ¿Existe algún misterio respecto de ella?

GUSTAVO De ella... y de mí. Un error juvenil...

S. TERESA (Herida por estas palabras.) ¡Un error juvenil!

GUSTAVO Observo, madre, que está usted agitada... su alma pura... educada en el claustro... rechaza las pasiones de este mundo...

S. TERESA (Afectando tranquilidad.) Por el contrario, estoy tranquila. Un error juvenil... puede perdonarse cuando hay medio de repararlo dignamente... Quizá esté ya cancelado por la misericordia de Dios... ¿No la dió usted su apellido?

GUSTAVO Se lo di, porque era indispensable un nombre para entrar en este monasterio. A fin de no abandonarla totalmente, hice creer a mi esposa que era viudo.

S. TERESA (Con ansiedad.) ¿Y su madre?

GUSTAVO Murió. Un íntimo amigo me lo notició desde España, patria de la infeliz.

S. TERESA (Temblando.) ¡De España! ¿Ha dicho usted?...

GUSTAVO La madre de Guillermina era española.

S. TERESA (Con palabras entrecortadas y voz sofocada.) Su nombre... su nombre...

GUSTAVO Dispense usted, madre: es mi secreto, y hasta Guillermina lo ignora.

S. TERESA Dígame usted su nombre, y secundaré sus miras acerca de su profesión.

GUSTAVO ¿Me promete usted ocultarlo en el fondo de su corazón?

S. TERESA Lo juro. Nadie lo sabrá.

GUSTAVO Isabel Suárez.

S. TERESA (Aterrorizada.) ¡ Cómo !... ¡ Isabel !... (¡ Qué es lo que acabo de oir !)

GUSTAVO ¿Puedo esperar que tome hoy el velo Guillermina?

S. TERESA (Con voz desfallecida.) Cumpliré mi palabra.

GUSTAVO (Notando su agitación se acerca a ella.) ¡ Madre abadesa ! (Sor Teresa le detiene con una indicación; vacilante, pero siempre dominándose, llega a la mesa y toca la campanilla.)

ESCENA X

Dichos y Sor CECILIA

S. CECILIA ¡ Madre !

S. TERESA (Haciendo un esfuerzo para sostener su carácter.) Acompañad a este caballero. (Sor Cecilia le indica que está a su disposición. Don Gustavo saluda a la abadesa y sale. Sor Teresa, que se dejó caer en una silla, se incorpora, se levanta el velo con desesperación y cae de rodillas. Su rostro demuestra un vehemente fervor.) ¡ Señor ! Sólo tú que todo lo puedes, podrás darme aliento para sostenerme. ¡ El... él aquí... junto a su víctima ! El a quien conocí con el infame nombre de conde de Sarán... ¡ Y Guillermina... Guillermina a mi lado !... ¡ Ella... mi... hija !... (Va a lanzar un grito arrancado de su corazón y se domina violentamente, exclamando con solemne pero desesperado acento:) ¡ Eterno Dios ! Si existe verdadera justicia en el cielo, castiga al infame seductor.

ESCENA XI

Sor TERESA y GUILLERMINA

(Guillermina viene corriendo y llena de alegría y se arroja en los brazos de Sor Teresa.)

GUILLER. Y bien, madre mía, ¿qué os ha dicho mi padre?

S. TERESA (Abrazándola convulsivamente contra su corazón.) ¡Oh! ¡Cuán inmenso es mi martirio! ¡Dios mío! ¡Piedad de mí! (Cuadro de dolor.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Coro en el interior del monasterio. En el foro, a mediana altura, rejas con celosías, a través de las cuales se ve el altar mayor de la iglesia, que se iluminará a su debido tiempo. A derecha e izquierda de la escena, se hallan los sillones de las monjas, que no deben bajar de ocho. En medio de la escena, el estrado para Guillermina, cubierto de negro, y al pie de los sillones, a uno y otro lado, dos mesitas con cobertor de damasco y manteles blancos. En la derecha habrá los hábitos monacales, y en la izquierda un ramo de flores, un velo blanco, una guirnalda de rosas blancas, brazaletes y otras joyas. En uno de los ángulos, junto al enrejado, un crucifijo, y en el otro, un cuadro de la Virgen con su correspondiente lamparilla encendida. La escena a media luz. Aparecen Sor Teresa, arrodillada de cara a la Virgen y en profunda meditación. Sor Cecilia, contemplándola. Pausa.

ESCENA PRIMERA

Sor CECILIA y Sor TERESA

S. CECILIA Una hora hace que está orando y llorando amargamente... ¿Quién sabe la pena que la atormenta? Cuán buena es... y sin embargo Sor Josefa y Sor María no la quieren bien.

S. TERESA ¡Virgen de los Désamparados... no me abandones! ¡Tú sólo puedes salvarme en el peligro que me amenaza!... (Levantándose y dominando su emoción.)

S. CECILIA (¡ Qué está diciendo !)
S. TERESA (Viéndola.) ¡ Cecilia !
S. CECILIA He venido por si puedo seros útil.
S. TERESA ¡ Ah ! ¡ sí ! (Me encuentro en el colmo de la desventura... mi dolor es inmenso... y sin embargo he de ahogarlo aquí dentro... Morir... y callar...) Daréis orden de que no se toquen las campanas hasta mi aviso.
S. CECILIA Está bien, madre.
S. TERESA Llamad a Guillermina. Necesito prepararla antes de la ceremonia.
S. CECILIA Si yo pudiera compartir con usted sus pesares... Observe que Sor Josefa y Sor María, la espían sin descanso.
S. TERESA No temáis ; mi conciencia está tranquila.
S. CECILIA Tampoco a mí me olvidan. Si hablase usted con mi madre y mi hermano, sabría usted cosas que la disgustarían seguramente.
S. TERESA ¿Tiene usted madre?
S. CECILIA ¡ Y qué buena es ! La casa que hay frente al monasterio es la que habita. Hoy quizás vendrá a verme ; desearía que les conociera usted.
S. TERESA Sí, sí... les veré... Llame usted a Guillermina. (Vase Sor Cecilia.)

ESCENA II

Sor TERESA

S. TERESA ¡ Pobre alma mía ! ¡ Qué inmenso dolor arrastrar al sacrificio a la pobre criatura a quien ha poco trataba de disuadir !... Y soy yo... su madre... sí ; ¿ su madre quien tal hace?... Desventurada Guillermina... apura hasta la última gota el amargo cáliz y perdona a esta infeliz madre que te lo ofrece.

ESCENA III

Sor TERESA y Sor JOSEFA

S. JOSEFA A usted buscaba, Sor Teresa.

S. TERESA (Con fastidio.) Y bien, ¿qué ocurre?

S. JOSEFA Esta carta de Monseñor.

S. TERESA Puede usted leerla y enterarme de su contenido.

S. JOSEFA La carta viene a la abadesa y yo no debo... (Con falsa modestia.)

S. TERESA (Con compasivo desprecio.) Basta. Démela usted. (La lee con alguna agitación.)

S. JOSEFA (¡ Perfectamente ! Es un santo varón el señor Canciller.)

S. TERESA (Dándole la carta.) Entérese usted de su contenido y sepa lo que dice Monseñor. Por mi parte obedeceré los mandatos de mis superiores. Anuncie usted a Sor Cecilia que cesa en el cargo de maestra de educandas, puesto que *yo* la había señalado.

S. JOSEFA ¡ Lo siento en el alma ! Sor Cecilia, si bien joven, es tan buena...

S. TERESA Respecto a Guillermina, puesto que así se me ordena, tan pronto como haya pronunciado sus votos, ingresará en el monasterio de Santa Clara. (¡ Se la arranca de mi lado !... ¡ No podré verla nunca más !)

S. JOSEFA He de advertir a usted que la iglesia va llenándose de fieles, y que todo está dispuesto para la ceremonia.

S. TERESA (Allí la vida... aquí la muerte...) En tanto que Guillermina no haya pronunciado sus votos, no depende más que de mí. Ordeno que mientras dure nuestra entrevista, que nadie penetre en este recinto.

S. JOSEFA Está muy bien.

S. TERESA Tenga usted la bondad de llevar a mi celda ese velo, la corona y cuanto está en la mesa. Deseo vestir a la esposa con mis

propias manos, y yo misma la conduciré al pie de los altares.

S. JOSEFA Será obedecida. (Toma todos los objetos citados y vase.)

S. TERESA ¡ He sufrido más congojas y he derramado más lágrimas en este día, que en los diez y ocho años de mi expiación !... ¡ Ella !... (Sor Teresa se halla en el colmo de la agitación; quiere correr a su encuentro, pero se detiene dominada por su triste pensamiento.) ¡ Detente, madre infeliz... tú no puedes... tú no debes nunca !... (Arrebatada por el dolor.) ¡ Si hay justicia en el cielo !... (Al ir a pronunciar la maldición reconoce su falta y cae de rodillas, exclamando horrorizada :) ¡ Perdón, Dios mío, perdón ! ¡ No era yo ; era el dolor el que hablaba !

ESCENA IV

Sor TERESA y GUILLERMINA

GUILLER. Madre, ¿está usted rogando para que el cielo me conceda fuerzas en este terrible momento?

S. TERESA (Abrazándola.) Dios nos fortalecerá a entrambas.

GUILLER. Estoy resignada... y esta tranquilidad a usted sola la debo.

S. TERESA Escucha, hija mía. Tu suerte es triste, ciertamente ; pero, ¿sabes el porvenir que te esperaba ; sola, abandonada en el mundo, sin el apoyo de tu padre, ni otro amparo que tus propias fuerzas?

GUILLER. Lo comprendo, madre ; pero, ¿cómo olvidar al hombre a quien di mi alma toda? ¿Qué sera de mí... que será de él, si después de formulados mis votos nos cruzamos en el mismo camino?

S. TERESA ¿Y si ese hombre te ha olvidado ya?

GUILLER. Imposible: Primero le faltaría la luz al día, la calma a la noche.

S. TERESA Oye, Guillermina. Yo tuve una amiga como tú hermosa, pura como un ángel, alegre como la infancia; se llamaba Isabel. En la edad de las ilusiones, con una imaginación viva y un corazón expansivo, incapaz de imaginar la existencia de una pasión bastarda, de un solo sentimiento villano; amó como tú, a un hombre que la juraba eterno amor; y con entera fe en su palabra, soñó que aquel éxtasis de felicidad sería eterno; pero tantas esperanzas, tanta ventura, bien pronto fueron para ella sufrimiento y desesperación.

GUILLER. ¿Siendo tan buena se vió condenada a sufrir?

S. TERESA (Con creciente entusiasmo.) Abandonada por el hombre que cien veces la había jurado hacerla su esposa, manchada su frente con un baldón que los hombres nunca perdonan, maldecida de sus padres, despreciada de sus amigas, rechazada en todas partes, tuvo que implorar la caridad pública, hasta que un día llegó a la puerta de un convento, donde fué recibida poco menos que entre anatemas y sólo por amor de Dios.

GUILLER. Pero yo, madre, no he cometido falta alguna... yo soy inocente...

S. TERESA Lo sé, hija mía; pero tu porvenir peligra fuera de estos muros, porque tu padre ha jurado abandonarte; y sola, sin sostén ni otro apoyo que tus propias fuerzas ¡qué sería de ti! Guillermina, mi corazón se halla acongojado en este momento, pensando en el gran sacrificio que se te ha impuesto; pero más terrible, cien veces más terribles serían mis afanes si te viera salir de aquí... errante... sin guía... sin apoyo... sola... ¡Ah, créeme, pobre niña inocente! ¡Es una madre quien te

está hablando... una madre !... Aquí quizá seas infeliz; pero tu honor estará a salvo. Aquí tal vez llores, pero yo... yo... te consolaré. (Tomándole la mano.) ¡ Si tú supieras cuanto me cuesta hablarte de esta suerte ! ¡ Quisiera socorrerte... ampararte... pero no puedo... no puedo !... Un terible arcano nos envuelve, y ¡ ay de mí si el velo que lo cubre llegara a descorrerse !

GUILLER. ¡ Un arcano ! Hablad, madre mía; débil como soy, sabré tener fuerzas para soportar su peso, si a mí me corresponde.

S. TERESA Bajo mi velo y el tuyo, que muy pronto vestirás, quedará sepultado eternamente.

GUILLER. Grato será para mí viniendo de usted solamente.

S. TERESA (Besándola en la frente.) La Madre de los Dolores te conceda aquella paz que yo tanto ansío.

GUILLER. (Arrodillándose.) Lo espero.

S. TERESA (Poniéndole la mano en la cabeza.) Dios te bendiga... y a mí me perdone... Alguien llega. (Sonido de campanillas.)

GUILLER. (Que se levanta.) Es Sor María.

ESCENA V

Dichas y Sor MARÍA

S. MARÍA Venía a anunciarle que en la portería esperan la familia de Guillermina y con ellos el esposo de su hermana.

GUILLER. (¡ El esposo de mi hermana !) Madre mía, líbreme usted de esa entrevista. Que sea mi hermana feliz, sabe Dios cuanto se lo deseo; pero a ella y a mi padre dígales que puesto que debo renunciar a todo lo de este mundo, que desde ahora me despido de ellos; que a nadie quiero ver, a

nadie más que a mi madre, y a mis hermanas en el claustro. (Abrazándola.)

S. María Sor Josefa... quería... que...

S. Teresa Yo hablaré a Sor Josefa.

S. María Pero la superiora debía...

S. Teresa (Con dignidad.) Qué debía... la superiora...

S. María La orden...

Guiller. Vaya usted, madre mía... No me niegue usted este favor.

S. Teresa (Reuniendo todas sus fuerzas.) Lo quieres, pues sea... Apuraré hasta la última gota de la copa del dolor para apartarla de los labios de mi hija. (La abraza en silencio y al salir la detiene Sor Josefa.)

ESCENA VI

Dichas y Sor JOSEFA

S. Josefa Si su maternidad lo permite, se podría dar la señal para empezar la sagrada ceremonia.

S. Teresa Dispongan cuanto prescribe el ritual. Guillermina, pase usted a mi celda: yo misma le serviré de camarera. En seguida estoy allí. (Guillermina va a la celda. Sor Teresa a la portería.)

ESCENA VII

Sor MARÍA y Sor JOSEFA

S. Josefa ¿Qué opinas de eso, Sor María?

S. María Dios me perdone si murmuro; pero se me figura que el proceder de la madre superiora no es muy laudable.

S. Josefa En todos sus actos se nota un misterio.

S. María Su familiaridad con Sor Cecilia...

S. Josefa Sus prolongados coloquios...

S. MARÍA ¿De qué hablarán a solas, que nosotras no podamos saber?

S. JOSEFA Eso digo yo... ¿de qué hablarán a solas?

S. MARÍA ¡Y tanta benevolencia con las educandas!

S. JOSEFA Y tanto rigor para nosotras.

S. MARÍA ¿A qué viene esto? ¿A qué obedece?

S. JOSEFA Justo: ¿a qué obedece?... Pero buscaremos remedio... opondremos un dique al soberbio torrente...

S. MARÍA Es preciso obrar con energía...

S. JOSEFA Y sin titubear, mi querida Sor María.

S. MARÍA Pero sin ofender a Dios.

S. JOSEFA ¡Oh, se entiende! (Pausa.)

S. MARÍA Si te place, daré la señal para la ceremonia.

S. JOSEFA Puedes darla.

S. MARÍA ¡Qué buena eres!

S. JOSEFA No tanto como tú.

S. MARÍA (También esta ambiciosa quiere ser abadesa.) (Vase.)

ESCENA VIII

Sor JOSEFA

S. JOSEFA ¡Pobre Sor Teresa! ¡Te has figurado que se podía luchar conmigo impunemente! Espera... Terminada la ceremonia, Guillermina saldrá de esta casa... y quien sabe si tendrá que seguirla alguna otra persona... (Las campanas de la torre empiezan a tocar.) Veamos si se hallan todos en sus puestos. Hola, allí está la familia de Guillermina... Sor Teresa estará en su celda. (Se van encendiendo las velas del altar mayor que se ve a través de las celosías del fondo.) Aquella jovencita será la novia, y su prometido debe ser aquel gallardo joven... ¡Qué pálidos están!... No parecen muy contentos... (Se oye el órgano.) Ya empiezan

las ceremonias. (Se oyen las campanillas.) Hacia aquí se dirige la Comunidad. (Mirando hacia la izquierda.) Esperaré en mi puesto. (Levanta la cortina y observa.) Sor Teresa conduce de la mano a Guillermina... La superiora apenas puede sostenerse... La novicia parece un cadáver... Dios me perdone la blasfemia... quien las viera de esta suerte, diría que son dos víctimas condenadas al suplicio. (Sor Josefa se dirige a su sitio, primer sitial de la izquierda.)

ESCENA IX

Sor JOSEFA y OCHO o DIEZ MONJAS con el velo levantado. DOS EDUCANDAS y por último Sor TERESA, conduciendo de la mano a GUILLERMINA, vestida de desposada.

(Entran las monjas de dos a dos y se dividen a derecha e izquierda, tomando asiento en sus sillones. Siguen las educandas, que se colocan en el fondo de la escena. Sor Teresa coloca a Guillermina en el centro. Ya colocadas todas, una monja tocará una campanilla y cesa el órgano.)

S. TERESA (Dominando su agitación.) Hermanas: grato es para mí poderos anunciar que en nuestra familia va a ingresar una nueva compañera... Esta alma inocente... que aborrece... la vida del mundo... y anhela... salvar... su alma... se halla en vuestra presencia... es... Gui...ller...mi...na... Empoli... (Tomando fuerzas.) Yo la acepto por hermana: ¿la aceptáis vosotras también?

TODAS La aceptamos.

S. TERESA Joven: estamos dispuestas como acabáis de oir, a admitiros en nuestra familia; a compartir con vos todos nuestros goces... y nuestros dolores; (Con intención.) pero vos debéis, entendedlo bien, dar un eterno adiós al mundo... a sus esperanzas... (Con creciente angustia.) a sus alegrías...

a todo; para sepultaros viva en este claustro como en una tumba, y por toda una eternidad.

GUILLER. (En voz baja.) (¡ Madre... socorredme... mis fuerzas vacilan!)

S. TERESA (¡ Valor!... todas las miradas están fijas en nosotras.)

GUILLER. (Haciendo un esfuerzo y después de una breve pausa.) Pertènezco a Dios... cúmplase su voluntad.

S. JOSEFA (Desde su sillón.) Arrojad lejos de vos esas flores y disponeos a tomar el cilicio.

GUILLER. (Deja caer el ramo maquinalmente.) (¡ Virgen de los Dolores, no me abandonéis en este terrible momento!)

S. TERESA (Después de una larga pausa.) ¡ Pobre hija mía! (Nueva pausa, que interrumpe Sor Josefa, diciendo a Sor Teresa con marcada intención.)

S. JOSEFA Observad, hermana, que la ceremonia se interrumpe... que todos los ojos están fijos en vos.

S. TERESA (Como despertando de un éxtasis.) ¡ En mi!... Yo... no...

GUILLER. (Sorprendida de su agitación.) ¡ Madre mía!...

S. TERESA (Fuera de su propio dominio.) ¡ Madre!...

S. JOSEFA (Llegándose a Sor Teresa con autoridad.) ¿Queréis dar un público escándalo? (A esta reconvención, Sor Teresa recobra el dominio de sí misma, y desafiando el dolor, dice:)

S. TERESA (¡ Un escándalo!) Guillermina, quitaos ese velo, arrojad lejos de vos esas rosas que coronan vuestra frente, despojaos de todo objeto de profana vanidad, y dad un eterno adiós a cuanto exista detrás de estos muros. (La toma de la mano y la conduce junto a la mesa en donde se hallaban colocadas antes las flores, velo, etcétera. Suena de nuevo el órgano y principia el canto del coro, durante el cual las monjas se arrodillan de cara al altar, que se supone en el foro. Mientras, tendrá lugar la escena entre Sor Teresa y Guillermina, que observará Sor Josefa. Guillermina quí-

tase las flores y joyas que coloca en la mesa, siempre asistida por Sor Teresa.)

GUILLER. ¿Y me he de desprender de todo?

S. TERESA De todo; hasta de lo que pueda recordarte tu... propia madre.

GUILLER. Mi madre... no existe: a usted por lo mismo he de entregar este precioso recuerdo. Que nadie lo vea... que nadie lo sepa.

S. TERESA (Siempre quitándole los adornos.) Tus deseos son órdenes para mí.

GUILLER. (Dándole un medallón.) Devuélvaselo a él únicamente... si le es dado descubrir su paradero.

S. TERESA (Fija rápidamente su mirada en el medallón y al propio tiempo en la iglesia.) (¡Dios mío! ¡Qué es lo que veo!... ¡Es él... él mismo... Donato... Si Guillermina le reconoce!...)

GUILLER. Decidle que me han sepultado viva... y que olvide a la pobre Guillermina.

S. TERESA (¡Y el villano ha podido engañarla!) Animo, hija mía. (Cesan el canto y el órgano.)

GUILLER. A usted me entrego.

S. TERESA (Vuelve al tono ceremonioso.) Postraos aquí, hermana. Dios va a acogeros en sus brazos... (Guillermina se arrodilla en el estrado negro y dice:)

GUILLER. ¡Cúmplase su santa voluntad!

S. TERESA (A Sor Josefa.) Vos, como a decana, vestidle el hábito. (Sor Josefa hace señas a las educandas que vienen a ayudarla a vestir a Guillermina: ésta se levanta y entre las tres la visten. A la última palabra de Sor Teresa vuelve a principiar el canto acompañado del órgano. Cuando queda vestida Guillermina, si siguiera el canto, una monja toca una campanilla y cesa la música. Sor Teresa toma el manto de manos de una educanda y dice con clara, pero conmovida voz:) Guillermina: vengo obligada a haceros una pregunta que nos prescriben nuestras órdenes. Escuchad. (Sosteniendo desplegado el velo sobre su cabeza.) Este velo os liga eternamente a nuestra familia. Gui-

llermina Empoli, todavía os halláis a tiempo de volver al mundo: ¿os consagráis gustosa a los altares?

GUILLER. Sí. (Sor Teresa va a ponerla el velo y en este momento empieza en la iglesia el discurso de Donato. Se detiene un momento y exclama:)

S. TERESA (¡Dios mío! ¡Si se fija en él!...)

ESCENA X

Dichas y DONATO, dentro

(Desde el «sí» de Guillermina el discurso ha empezado. La palabra de Donato llega ininteligible en un principio, creciendo insensiblemente y durante toda la escena. Las monjas han ocupado sus asientos, excepto Sor Teresa y Guillermina que permanecen de pie; la primera muy agitada.)

DONATO (Dentro.) Señores: Como purísima paloma que tiende sus blancas alas hacia el espacio, huyendo...

GUILLER. ¡Ah! ¡Qué miro... aquel hombre!...

S. TERESA ¡Guillermina!... (El discurso sigue, sin que por esto se interrumpa la escena que debe marchar viva hasta el final.)

DONATO (Dentro.) De este mundo... Así, tú, Guillermina... alma pura e inocente... buscas en...

GUILLER. ¡Oh! no me engaño... ¡madre... es él!... ¡Ah!... (Las monjas se miran sobreexcitadas y estupefactas. Guillermina se desprende de los brazos de Sor Teresa que quiere sujetarla y corre hacia la puerta levantando la cortina. Figura ve a Donato y exclama:) ¡Donato!... (Sor Teresa, que alcanza a Guillermina, la sujeta por el brazo, y con toda su autoridad exclama:)

S. TERESA ¡Desgraciada!... ¿Qué intentas? ¡Ese hombre te engaña!

DONATO (Desde dentro.) ¡Guillermina!...

S. JOSEFA ¡Qué escándalo! (Todas se cubren con el velo. Donato, fuera de sí, penetra en el coro sin pasar del

umbral, detenido por la actitud de Sor Teresa, que sosteniendo a Guillermina desmayada y con el brazo levantado le amenaza. Todas las monjas manifiestan su horror.)

DONATO ¡ Es ella !... ¡ Es ella !...

S. TERESA ¡ Atrás, sacrílego ! ¡ Ay de ti, si el castigo de Dios cae sobre tu cabeza !

DONATO ¡ Gui...ller...mi...na !...

S. TERESA ¡ Atrás !... ¡ Atrás !... (Donato queda clavado en su sitio. Las monjas de rodillas y Sor Teresa sosteniendo a Guillermina dominando el cuadro.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Elegantísimo salón amueblado con sumo gusto y espléndidamente iluminado, en casa de don Gustavo.

ESCENA PRIMERA

MARCELO, atraviesa la escena con una bandeja de refrescos. A poco don GUSTAVO

MARCELO Pues señor, si no fuera por don Teodoro que alegra un poco la reunión, más que una fiesta parecería una visita de pésame.

GUSTAVO Presto, presto. El calor es insoportable y los convidados esperan con avidez los refrescos.

MARCELO Voy, señor.

GUSTAVO (Sentándose y dándose aire.) ¡ Qué día, señor ! ¡ Qué día ! ¡ Quién sabe las consecuencias que pueden sobrevenir ! Por de pronto, hemos salido del paso gracias a la actividad de Sor Josefa y a la energía del Canciller... ¡ Donato amante de Guillermina !... ¡ Qué imprevista casualidad !... Eugenia parece que se alegra de lo acontecido... pero no importa... el matrimonio está resuelto y tendrá que verificarse pese a quien pese.

ESCENA II

Dicho y el CONDE

CONDE ¡ Qué calor tan insoportable !

GUSTAVO ¡ Querido Conde !

CONDE Adiós, Gustavo. ¿Qué se ha logrado?

GUSTAVO Por el momento el resultado no puede ser más satisfactorio, a juzgar por esta carta del Canciller, contestación a otra de Sor Josefa.

CONDE ¿Qué dice la carta?

GUSTAVO Guillermina pasa al convento de Santa Clara, y allí, lejos de la madre abadesa, tendrá que cumplir sus votos quiera o no quiera.

CONDE Por este lado está perfectamente ; pero lo difícil es arreglar el asunto de mi hijo y Eugenia.

GUSTAVO De Eugenia yo respondo.

CONDE No puedo decir otro tanto de Donato.

GUSTAVO (Con disgusto.) ¡ Cómo !

CONDE Al solo recuerdo de su palabra empeñada, se ha sublevado contra mí. Jura que volverá a ver a Guillermina, a la que llama su esposa, y está dispuesto a acudir a los tribunales, y hasta al mismo rey si fuese necesario. Creo que lo más prudente es dar tiempo al tiempo.

GUSTAVO Como tú quieras.

CONDE Lo que no sé explicarme, es el móvil de este baile.

GUSTAVO Era indispensable para distraer el escándalo, y borrar el mal efecto que la escena del coro ha producido en algunos.

CONDE En los salones se comenta el hecho, y por cierto, que me extraña el que Teodoro se complazca en comentar la historieta.

GUSTAVO ¿Y quién hace caso de las exageraciones de ese botarate? Y en último resultado, nosotros sabremos desmentirla.

CONDE ¿De qué manera?

GUSTAVO No sé... Pero me preocupa. La sociedad con tal de murmurar se presta a creerlo todo. Diremos que... hemos aplazado el matrimonio... que faltaban unos requisitos... En fin: esto no me preocupa tanto como la actitud de tu hijo.

CONDE Procuraré reducirlo de nuevo... y... silencio. (Viendo a Teodoro.)

ESCENA III

Dichos y TEODORO

TEODORO ¡Ay! ¡Aquí se respira! Mi querido don Gustavo... La suerte me coloca a su paso.

GUSTAVO Pues, ¿qué ocurre?

TEODORO Debo a usted una explicación... una excusa...

GUSTAVO ¿De qué tiene usted que excusarse, amigo mío?

TEODORO De la libertad de mi señora madre que, fiando en su amabilidad extremada, ha traído consigo a una señora que hace pocos días se halla en nuestra compañía.

GUSTAVO Usted sabe que las personas que acompañan a su señora madre, honran siempre mi casa, y yo soy en esta ocasión quien queda obligado.

TEODORO Mil gracias. En este momento acaban de entrar y han tenido ya el gusto de saludar a Eugenia. Si ustedes lo permiten, tendré el honor de presentársela. Verán ustedes que modelo de elegancia y de buen tono.

GUSTAVO Cuando usted lo asegura... ¿Y es noble?...

TEODORO Nobilísima.

CONDE ¿Sangre azul?

TEODORO De la más azul que se conoce.

CONDE ¿Blasón?

TEODORO Un escudo con todos los animales del arca, y tres coronas por remate.

GUSTAVO Siempre de buen humor. Es un señalado obsequio para mí el que pise estos salones.

TEODORO Voy en su busca.

GUSTAVO ¡De ninguna manera! No puedo consentir que usted moleste a esas señoras... Yo mismo voy...

TEODORO Pues las hallará usted junto al diván en el salón verde.

GUSTAVO Gracias. (Vase.)

ESCENA IV

TEODORO y el CONDE

TEODORO (Aprovechemos la ocasión y vamos al bulto. O conquisto al papá, o pierdo mi nombre de diplomático.) (El Conde, que ha estado leyendo, se dispone a salir y Teodoro le detiene.) Señor Conde... dos palabras. (Retrocediendo.) Fiado en su proverbial amabilidad, necesito hacer a usted varias preguntas. El tiempo es limitado y el asunto de que vamos a tratar trascendental en alto grado.

CONDE Usted dirá.

TEODORO Pues sin más exordio y sin rodeos. ¿Usted ama a su hijo?

CONDE ¡Qué pregunta! (Sonriendo.)

TEODORO Una pregunta como otra cualquiera, y a la que espero conteste terminantemente sí o no.

CONDE Pues sí, y mil veces sí.

TEODORO (Estrechándole con efusión la mano.) Bravo. Así me gusta. Esto es ser buen padre. Segunda pregunta. ¿Tiene usted confianza en mí?

CONDE Don Teodoro... (Excusando la respuesta.)

TEODORO Esto no es una contestación.

CONDE Le diré...

TEODORO Si usted, como la generalidad, no ve en mí más que un carácter ligero, alegre y dispuesto siempre a sacar partido del mundo, comprendo su reticencia; pero debo advertir a usted, señor Conde, que cuando los asuntos lo requieren, sé tomar las cosas en serio y muy en serio.

CONDE Fío en usted. (Después de pensar.)

TEODORO Mil gracias. Entro en el fondo de la cuestión. Desde ahora es preciso que usted abandone la idea del matrimonio de Donato con Eugenia.

CONDE ¡Don Teodoro! Usted delira.

TEODORO Es inútil que pierda usted el tiempo en estériles declamaciones. El matrimonio es imposible. Eugenia, libre del lazo que la oprimía, es feliz como el pajarillo que recobra la libertad. Donato, en posesión de su palabra empeñada y con la conciencia tranquila, ha recobrado su natural buen humor y usted mismo, señor Conde, por más que momentáneamente se vea mortificado en su amor propio, si deja hablar sus nobles sentimientos, no podrá menos de unirse a nosotros huyendo de toda complicidad en un contrato infame y miserable.

CONDE Don Teodoro...

TEODORO ¡Pues qué! ¿Acaso no sé positivamente que usted posee el secreto que trata de ocultar don Gustavo? ¿Acaso no conocemos los móviles que le conducen a sacrificar dos vidas y dos amores en aras de la vanidad y del egoísmo hasta su último grado? ¿Y una alma noble como la suya, señor Conde, puede sacrificar por orgullo los afectos paternales, la consideración y la dignidad social que tan justamente se han conquistado?

CONDE Nunca. Tiene usted razón, Teodoro, tiene usted razón. Sobre la comodidad de los bienes materiales, existe la estimación

de la gente honrada; antes que el orgullo, la conciencia.

TEODORO ¡Bravo! ¡Magnífico! Si sabía yo con quien me las había de entender. Toque usted. (Se dan las manos.) Con hombres como usted y yo, se puede demostrar que el mundo no es tan malo como parece.

CONDE ¿Y mi hijo?

TEODORO Bailando con su exesposa...

CONDE ¡Es posible!

TEODORO Roto el lazo que ahogaba su felicidad, ambos se cuentan sus pesares y sinsabores.

CONDE Pero ¿y Gustavo?

TEODORO Don Gustavo tendrá que ceder la mano de Guillermina a Donato, después de reconocerla; de lo contrario no respondo de las consecuencias.

CONDE ¡Qué quiere usted decir!... ¡Qué intenta mi hijo!...

ESCENA V

Dichos y DONATO, que oye las últimas palabras

DONATO Nada, mi querido padre; lo que usted me ha enseñado; volver por los fueros del derecho y de la verdad.

TEODORO Eso, eso. Y ganarlo bailando. ¿No es cierto?

DONATO Cumplo tus preceptos.

TEODORO Así me gusta. ¿Y qué dice Eugenia?

DONATO Me dice sonriendo que no me quiere.

TEODORO ¿Usted ve? que no le queremos.

DONATO Que como marido me aborrece.

TEODORO ¡Pues! Que la aborrecemos.

DONATO Y que es feliz, porque estamos separados para siempre.

TEODORO Estamos en completo acuerdo. ¿Qué más quiere usted?

DONATO ¡Pero aquella señora! Si es un ángel.

CONDE ¿Qué señora?
TEODORO La que ha venido con mi madre.
CONDE ¿Y quién es esa señora?
TEODORO Lo sabrá usted; pero a su tiempo. No precipitemos los acontecimientos...
CONDE Pero sepamos...
TEODORO Todo se andará.

ESCENA VI

Dichos y EUGENIA

EUGENIA ¡Adiós, querido Conde! (Alegre.)
CONDE ¡Mi querida Eugenia! ¡Y qué hermosa! ¡Qué elegante!
EUGENIA Gracias. Usted siempre tan amable. (A Teodoro.) En busca de usted venía.
TEODORO ¡Tanta dicha para mí!
EUGENIA Ahí verá usted. ¿Quién es esa elegante señora que acompaña a su mamá? Donato no quiere decírmelo... y... somos tan curiosas las señoras...
TEODORO Es una marquesa... muy amiga de mi familia.
EUGENIA Extranjera ¿verdad?
TEODORO Francesa... digo... sí, sí; francesa. Ya la conocerá usted muy pronto.
DONATO Sí, sí; la conoceremos.
CONDE (Me parece que en esa dama se esconde algún misterio.)
EUGENIA ¿Y hace días que se halla en su casa esa señora?
TEODORO (¿Qué diré?) Cuatro... justo, sí; cuatro días.
EUGENIA Pues anteayer visité a su mamá y no me habló de ella.
TEODORO Sería por olvido.
CONDE Lo mismo me pasó a mí.
TEODORO Olvido... También olvido.

ESCENA VII

Dichos y don GUSTAVO

GUSTAVO (Entra algún tanto agitado.) A usted buscaba, mi querido Conde. (Viendo a los jóvenes.) ¡ Hola ! ¿Vosotros también? Mucho me complace veros.

TEODORO (A Donato.) (Don Gustavo está intranquilo. Alerta.) ¿Qué le pasa a usted, don Gustavo?

GUSTAVO ¿A mí?... Nada absolutamente: estoy lleno de satisfacción; rodeado de amigos y parientes... y a propósito. ¿Me dirá usted cómo se llama la señora que con su madre ha venido a honrar esta fiesta?

TEODORO Es elegantísima, ¿verdad?

GUSTAVO Mucho. ¿Cómo se llama?

TEODORO ¡ Qué curioso es usted !

GUSTAVO ¿Es un misterio su nombre?

TEODORO ¡ Qué ha de ser ! Se llama doña Felicidad Rugiero.

GUSTAVO ¿Es italiana?

TEODORO De Florencia.

GUSTAVO ¿Florentina?

CONDE Y poco ha la hizo francesa.

TEODORO Francesa de nacimiento: casada con el conde Rugiero, de Florencia y establecida allí desde su nacimiento; de modo que puede decirse que es franco-italiana.

GUSTAVO (Estoy más tranquilo.)

TEODORO (La tragó.) ¿Habló usted con ella?

GUSTAVO No.

TEODORO ¡ Qué dice usted !

GUSTAVO En el momento en que iba a saludarla me detuvo... no sé quien...

TEODORO ¡ No la ha saludado usted, cuando ella tiene tantos deseos de conocer a usted ! Otro olvido que voy a reparar al momento. (Va a salir.)

GUSTAVO ¿A dónde va usted?

TEODORO En busca de esa señora. ¡ Jesús, qué dirá de mí ! Tanto como me encargó...

GUSTAVO ¡ Y va usted a molestarla !... No lo consiento... yo iré más tarde...

TEODORO ¿ A qué demorar su justo deseo? A más, que ahora no se baila, y Eugenia, Donato y el señor Conde, podrán conocer de cerca ese modelo de amabilidad... de buen tono... de... voy y vuelvo... cinco minutos... tan sólo cinco minutos. (Vase. Toda esta escena con ligereza.)

ESCENA VIII

Dichos, menos TEODORO

GUSTAVO ¡ Qué cabeza tan destornillada !

CONDE ¡ Es una pólvora !

GUSTAVO Ya que la casualidad nos deja un momento para hablar a solas, en medio del torbellino de la fiesta, os diré, hijos míos, que vuestro matrimonio...

DONATO Caballero, mi conciencia y mi honor me exigen que diga a usted lo que ha poco he manifestado a su señora hija. Yo no puedo labrar su infelicidad ; y por esta razón le devuelvo su palabra como recojo la mía.

GUSTAVO Don Donato... semejante desprecio.

DONATO No es tal : y en prueba de ello, que en este mismo momento, delante de Eugenia y de mi señor padre, tengo la honra de pedirle la mano de su hermana Guillermina.

GUSTAVO Esto es imposible.

DONATO ¡ Imposible !

GUSTAVO Imposible. Guillermina nunca podrá ser su esposa.

DONATO Lo es ya ante Dios, y usted no tiene ningún derecho para sacrificarla bárbaramente.

GUSTAVO Tolero sus palabras... porque usted ignora quien es esa joven.

DONATO Quizá lo sepa todo, caballero, y sólo debo añadir que si usted rehusa reconocerla como hija, yo la acojo como esposa : que si usted me la niega... a pesar de todo y de todos, sabré arrancarla de la tumba donde quieren sepultarla, porque Guillermina, es mía, y no hay humano poder que pueda impedirme su posesión.

GUSTAVO (Dominándose.) ¡ Don Donato !...

CONDE ¡ Hijo mío !...

EUGENIA ¡ Gran Dios !...

DONATO Señorita ; delante de nuestros padres, repito cuanto ha poco la dije. Quedamos libres.

EUGENIA Para siempre.

GUSTAVO ¡ Tú también... ingrata !

EUGENIA Perdóneme usted, padre... pero debe considerar...

GUSTAVO (Siempre concentrado.) Basta. Y usted, Conde...

CONDE Considero que ...

DONATO (Interrumpiéndole.) En este asunto, nada tiene que ver mi padre. Son cuestiones de dignidad, y él me ha enseñado a tratarlas por mí mismo.

CONDE Bien, Donato. (En este momento, aparece Sor Teresa riquísimamente ataviada del brazo de Teodoro en el forillo, bajando en el preciso momento que el diálogo lo reclame.)

GUSTAVO Pues yo aseguro a usted que Guillermina mañana...

DONATO (Atajándole.) Será mía.

GUSTAVO (Mirándole de arriba a bajo.) ¿ Lo cree usted?

DONATO Lo aseguro.

GUSTAVO Pues... hasta mañana.

DONATO Hasta mañana.

ESCENA IX

Dichos, Sor TERESA y TEODORO

TEODORO Marquesa : en esta sala es menos sofocante el aire. (Al oir la voz de Teodoro don Gustavo vuelve a su aire jovial. Sor Teresa, ricamente ataviada. Su voz será franca; su continente, el de una señora de alto rango. Viene abanicándose y demostrando ser otra mujer que la del acto anterior. Se recomienda esta transformación a la actriz.)

S. TERESA Le aseguro a usted, amigo mío, que es lo que se llama una fiesta espléndida.

GUSTAVO (¡ La voz de esta mujer conmueve toda mi alma !)

TEODORO Presento a usted el dueño de este palacio encantado, como usted le llama, don Gustavo Empoli.

GUSTAVO Marquesa... ofrezco a usted mis respetos.

S. TERESA (Reteniendo su mano y mirándole con cierta insistencia.) Me es sumamente grato conocer a tan cumplido caballero.

GUSTAVO Es usted por demás amable ; y es un inmenso placer para mí el que haya usted querido honrar mi pobre fiesta. De tan señalado obsequio soy deudor a su señora madre.

TEODORO Mil gracias por ella y por mí.

S. TERESA Felicito a usted, caballero, por haber sabido hermanar tan cumplidamente la etiqueta con el buen gusto... Se conoce que usted habrá viajado mucho y...

GUSTAVO (Saludando.) Señora... (A no creerlo imposible... diría ...que...)

TEODORO (A Donato.) (El ataque empieza.)

S. TERESA (Sonriendo.) Observo que me mira usted con mucha detención. ¿Me ha visto usted quizás en alguna otra parte?

GUSTAVO No... no... sé...

S. TERESA ¿Y esta linda señorita, es hija de usted?

(Por Eugenia, que ha estado conversando con el Conde y Donato.)

GUSTAVO ¡Qué distracción! (Reparando el olvido.) Mi hija Eugenia. (Toma a Eugenia de la mano y la presenta a Sor Teresa.)

S. TERESA Es usted tan linda como simpática, y desde este momento puede usted contar con una amiga más. (Se besan.)

EUGENIA Con todo mi corazón.

GUSTAVO (Mi cabeza arde.)

CONDE (A Teodoro.) (Pero ¿me dirá usted todo esto qué significa?)

TEODORO (A su tiempo lo sabrá usted todo.)

S. TERESA Me han dicho, don Gustavo, que esta fiesta tiene por objeto celebrar los esponsales de su hija. Si es así, doy el parabién al afortunado padre y a la feliz esposa. ¿Y dónde está el novio?

GUSTAVO (Don Donato, hoy es hoy: mañana...)

DONATO (Comprendo.) (Don Gustavo que ha ido en busca de Donato, le dice rápidamente las palabras anteriores.)

GUSTAVO Tengo el gusto de presentárselo a usted.

S. TERESA ¡Usted! Y me lo calló cuando tuve el placer de conocerle en casa de mi buena amiga.

DONATO Ha de saber usted, señora Marquesa...

TEODORO (No ha de saber nada, que ya lo sabe todo.) El señor Conde... padre de Donato. (Presentándolo.)

CONDE Señora...

S. TERESA Señor Conde... tuve el gusto de conocer a su hijo...

CONDE Y él, sin duda, se habrá ya anticipado a ofrecerla mis respetos. (Sor Teresa saluda.)

S. TERESA (A don Gustavo.) ¿Y no tiene usted otros hijos?

GUSTAVO Ninguno.

DONATO (Caballero...) (Reconviniéndole.)

GUSTAVO Ninguno. (Con entereza.)

(Comienza la música a tocar un vals.)

S. TERESA ¿De suerte que la señorita es hija única?

TEODORO ¡ Qué distracción la mía ! Señor Conde, el caballero Passeti me dijo que tenía con usted pendiente una partida de ajedrez.

CONDE Es verdad. Señora...

S. TERESA Caballero... (Se saludan.)

TEODORO (Ya eché a éste. Ahora a los demás.) El baile empieza de nuevo. ¡ Qué magnífico vals de Straus !

S. TERESA (A don Gustavo.) ¿ Supongo que usted no bailará?

GUSTAVO ¿Le parece a usted que a mis años?...

S. TERESA Si no le molesta a usted mi conversación...

GUSTAVO Muy al contrario.

TEODORO (A Donato.) (Lárgate.)

DONATO Si no rehusa usted apoyarse en mi brazo... (A Eugenia.)

TEODORO (Acepte usted.)

EUGENIA Con mucho gusto.

TEODORO Me ganó por la mano. Pero lo partiremos, ¿verdad? (Eugenia hace ademán de aprobación.)

DONATO Con permiso de ustedes. (Llevando del brazo a Eugenia saluda a Sor Teresa que toma asiento en un sillón de la izquierda.)

S. TERESA Divertirse mucho. (Los tres salen alegremente. Sigue el vals largo rato.)

ESCENA X

Sor TERESA y don GUSTAVO

S. TERESA A decir verdad, me hallo mejor aquí que en aquella atmósfera... perfumada y excesivamente fatigosa. ¿Y vive usted completamente solo con su hija?

GUSTAVO Completamente.

S. TERESA ¿Hace mucho tiempo que enviudó usted?

GUSTAVO Dos años.

S. TERESA ¡ Dos años ! ¿Cuántos sinsabores habrá usted sufrido?

GUSTAVO Cierto. Es el único fruto que se recoge en esta vida.

S. TERESA Pero comunmente es la sola semilla que se siembra.

GUSTAVO Verdad. (Con amarga sonrisa.) ¿Y usted, marquesa, tiene marido?

S. TERESA (Suspirando.) Sí.

GUSTAVO Sí, y suspira usted. ¿Qué significa?

S. TERESA ¡Ah! No puedo por menos.

GUSTAVO ¿Tiene usted hijos?

S. TERESA Una niña que se llama Guillermina.

GUSTAVO (Mirando fijamente a Sor Teresa.) ¡Guillermina!

S. TERESA ¿Le extraña a usted este nombre?

GUSTAVO No... no. Dígame usted: ¿su marido, cuya memoria parece la entristece, vive con usted?

S. TERESA (Con desdén.) Sí.

GUSTAVO (Que habrá observado su expresión.) ¿Y su hija?

S. TERESA (¡Dios mío, no me abandones en tan terrible momento!) ¿Me ha preguntado usted por mi hija, no es verdad? (Quitándose el guante.)

GUSTAVO ¿Pues qué ha sido de ella? ¿Por qué palidece usted? (Con ansiedad.)

S. TERESA Y no tan sólo palidezco, sino que tiemblo: mi mano arde... y creo que tengo calentura. (Tendiendo la mano que don Gustavo toma. Este repara en la sortija.)

GUSTAVO ¡Cielos!

S. TERESA ¿Qué ocurre? (Mirándole fijamente.)

GUSTAVO Usted tiembla... pero yo... tiemblo también. Esta sortija... esta...

S. TERESA (Retirando la mano con desdén.) ¿Esta sortija?

GUSTAVO ¿Ha pertenecido a usted siempre?

S. TERESA Siempre; como ha sido mío también este abominable retrato. (Saca del pecho un medallón que deja pendiente del cuello. Gustavo toma el retrato y después de reconocerle exclama:)

GUSTAVO ¡El mío!... ¿Y de quién lo obtuvo usted? ¿Cómo?... ¿Cuándo?...

S. TERESA (Con sumo desprecio.) ¿De quién lo obtuve?

GUSTAVO Una sola palabra... el nombre... ¿De quién lo obtuvo usted?

S. TERESA Del infame que me engañaba... de mi marido. (Con desdén.)

GUSTAVO ¡De su... marido! (Atónito.)

S. TERESA Sí: de mi marido.

GUSTAVO Una mano de hierro me está oprimiendo el corazón... ¡Justicia de Dios!

S. TERESA Ese hombre execrable...

GUSTAVO ¡Oh! no me cabe ya duda... No... no... usted no es la marquesa Rugiero... (Los ojos clavados en su semblante.)

S. TERESA ¿Pues quién soy yo? (De pie y dominándole con su mirada y actitud.)

GUSTAVO (Aterrorizado.) Usted... es Isabel Suárez.

S. TERESA (Cogiéndole la mano.) ¿Luego me ha reconocido?—Nadie, el cielo me es testigo, nadie sino... usted... es decir... el conde de Sarán, podía pronunciar ese nombre. (Va a la puerta del foro para cerciorarse de que están solos. Cesa la música.)

GUSTAVO ¡Qué va a hacer!

S. TERESA Sí, yo soy la engañada Isabel Suárez. Dios o el averno te colocan de nuevo en mi camino. Ni quiero relatarte las lágrimas derramadas, ni los tormentos sufridos, ni las recriminaciones, ni el abandono de mis honrados padres... Todo lo callaré, todo; tan sólo quiero de ti una cosa; pero ten cuenta en engañarme de nuevo, porque mi venganza entonces sería terrible.

GUSTAVO Habla.

S. TERESA Dime... inicuo: ¿qué has hecho de mi hija? ¿Qué hiciste de ella cuando la arrebataste de la mujer que la tenía a su cuidado? ¿Dónde está mi Guillermina? Habla.

GUSTAVO ¿Ella?...

S. TERESA (Con toda la santa indignación de una madre.) ¡Tiemblas!... ¡No tienes valor para decirme qué es de su suerte!... ¡Tú, tan osado! Pues bien; te lo diré yo. Aquella infeliz, víctima inocente de tu villanía,

arrastra una vida mil veces peor que la muerte.

GUSTAVO Isabel... (Suplicante.)

S. TERESA Despojada de su nombre, sepultada en un claustro, violentada en sus inclinaciones, obligada a sofocar los latidos de su corazón, va apurando lentamente el cáliz de amargura que tú le preparaste, ¡ mal padre y mal caballero ! Si yo fuí engañada por ti, ¿es justo que aquella inocente sufra la vergüenza y la desventura? ¿Existe en el mundo otro hombre tan infame?

GUSTAVO Isabel... cortemos esa conversación por piedad... escúchame.

S. TERESA Pocas palabras tengo que añadir; pero ¡ ay de ti si no cumples cuanto voy a ordenarte !

GUSTAVO Una pregunta tan sólo : ¿serías esposa de otro?

S. TERESA ¿Y tú puedes suponerlo?

GUSTAVO ¡ Isabel !

S. TERESA Isabel ha muerto para todo el mundo. (Con solemnidad. Movimiento de don Gustavo.) Así lo quiero, y sólo así podrás decir que siempre fué tu legítima esposa. A Guillermina debes librarla del monasterio donde la sepultaste... unirla a Donato que la ama, y darla con tu nombre una parte de tus riquezas. Sólo así te perdono todo lo pasado... olvido las penas que he sufrido... te abrazo... por última vez... y deposito en tus manos cuanto pudiera acusarte en el mundo de vil... seductor... y verdugo de tu sangre. (Presa del llanto, pero sin dejar su entereza.)

GUSTAVO ¡ Oh, Isabel mía ! Imposible es ya que volvamos a separarnos. Sólo siendo mi esposa expiaré mis faltas y mis errores. Isabel, accede a mis súplicas, y corro a participar a todo el mundo que te he vuelto a encontrar.

S. TERESA (Aterrorizada de su situación. Desde aquí la escena viva.) ¡ Oh, esto es imposible !

GUSTAVO Yo solo soy el culpable ; solo yo debo expiar mi falta. (Va a salir.)

S. TERESA (Con vivo esfuerzo.) ¡ Detente ! ¡ Detente !... (¡ Dios mío ! ¡ Qué situación !)

GUSTAVO Es en vano que rehuses. Ante Dios juro que no me abandonarás.

S. TERESA También he jurado yo no pertenecer a ningún hombre en este mundo. (Con arranque.)

GUSTAVO El cielo no acepta esos juramentos ; no puede aceptarlos, y yo sabré romperlos.

S. TERESA ¡ Ay de ti si te obstinares !...

GUSTAVO Diré a la faz del mundo que eres mi esposa.

S. TERESA (¡ Mísera de mí ! ¡ En qué peligro me he sumido !)

GUSTAVO Decide ; al momento.

S. TERESA Decidiré... sí... pero calla ahora.

GUSTAVO ¿ Por qué?

S. TERESA Promete que nadie sabrá cuanto ha pasado aquí.

GUSTAVO Lo juro : tus deseos han de ser leyes para mí.

S. TERESA (Mirándole cariñosamente.) ¡ Pruébamelo !

GUSTAVO Habla.

S. TERESA (Presentándole una carta.) Subscribe esta carta en la que consta todo cuanto te pido respecto a nuestra hija.

GUSTAVO Firmo si vuelves a ser mía.

S. TERESA Seré tuya, si Dios lo quiere ; pero antes dame esta carta en prueba de tu a... arrepentimiento. (Iba a decir amor, y asustada ante la palabra, dice arrepentimiento.) (¡ No me abandones, Virgen mía !)

GUSTAVO (Después de haber firmado.) He aquí lo que deseas.

S. TERESA ¿ Será Guillermina esposa de Donato?

GUSTAVO Sí.

S. TERESA ¿ Llevará tu nombre?

GUSTAVO Sí.

S. TERESA ¿Tendrá parte de tus riquezas?
GUSTAVO Sí. (El reloj de sobremesa da la una.)
S. TERESA ¡La una! Hemos de separarnos. (Disponiéndose a salir.)
GUSTAVO ¡Qué!... ¡Cómo!... ¿Adónde vas?
S. TERESA ¡No me sigas!... (Deteniéndole fuera de sí.) ¡Ay de ti! ¡Ay de nosotros si no me obedeces!
GUSTAVO (Suplicante.) ¡Isabel!...
S. TERESA Te lo mando.
GUSTAVO Prométeme al menos que volveré a verte.
S. TERESA Me verás.
GUSTAVO ¿Cómo?... ¿Dónde?...
S. TERESA En el convento de las Ursulinas.
GUSTAVO Tu mano en señal de promesa.
S. TERESA Toma. ¡Ah! (Don Gustavo se la besa. Sor Teresa la retira rápidamente y sale por la puerta izquierda, obligando a retirarse a aquél que la sigue. Se oye de nuevo la música.)
GUSTAVO ¡Isabel!... ¡Isabel mía!... (Con pasión.)
S. TERESA (Con imperio.) ¡Conde de Sarán, ni un paso más... ni un paso más... lo quiero... lo exijo! (Lanzándole una mirada imperiosa y a la vez suplicante. Don Gustavo se detiene como fascinado por Sor Teresa.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

La misma decoración del acto cuarto.

ESCENA PRIMERA

Sor JOSEFA; luego, Sor MARÍA

S. JOSEFA (Sentada junto a la mesa y leyendo una carta que tiene abierta.) «Suspenda todo cuanto me indica y yo cuidaré...»

S. MARÍA (Entrando precipitadamente y agitada.) Sor Josefa... Sor Josefa...

S. JOSEFA ¿Qué ocurre, mi querida Sor María?

S. MARÍA ¿Estás sola?

S. JOSEFA Sí, ¿por qué? ¿Qué tienes que decirme?

S. MARÍA Una cosa grave: muy grave.

S. JOSEFA ¿De qué se trata?

S. MARÍA De un asunto que puede comprometer a todo el monasterio.

S. JOSEFA ¡Habla!

S. MARÍA Antes quiero ver si alguien nos escucha. (Va a observar.)

S. JOSEFA Estamos completamente solas. Habla sin temor.

S. MARÍA Mira lo que se ha encontrado. (Enseña unos rosarios.)

S. JOSEFA Unos rosarios. ¿Y bien, qué tiene de particular?

S. MARÍA Estos rosarios han sido entregados a la portera; y la persona que los entregó di-

jo haberlos hallado en la calle, precisamente junto a la puertecilla secreta que hay en el jardín, que da salida al callejón, y cuya llave está constantemente en poder de la superiora.

S. JOSEFA ¡Virgen Santísima! ¡Qué escándalo, Sor María!

S. MARÍA Eso digo yo. ¡Qué escándalo, Sor Josefa!

S. JOSEFA (Tomando los rosarios.) Sé a quien pertenecen. Conozco esta señal. Son los que yo misma entregué a la madre abadesa. ¡Esta mujer ha salido de noche del convento!

S. MARÍA ¡Qué horror! Y no cabe duda, porque...

S. JOSEFA ¿Sabes algo más, mi querida María?

S. MARÍA Verás. En cuanto me enteró la portera, fuí volando a la puertecilla, y no tan sólo vi pisadas, si no que se conoce que ha sido abierta.

S. JOSEFA Déjame sola, para que reflexione sobre tan grave asunto.

S. MARÍA ¡Que el Espíritu Santo te ilumine!

S. JOSEFA ¡Jesús! ¡Jesús!

S. MARÍA Hay que enterar a Monseñor.

S. JOSEFA ¡Por supuesto!

S. MARÍA Que el canciller no sospeche de nosotras. El mundo es tan perverso...

S. JOSEFA ¡Y el demonio!

S. MARÍA Y la carne. ¡Qué tres enemigos del alma!

S. JOSEFA *¡Liberanos dómine!...*

S. MARÍA Amen. (Sale persignándose.)

ESCENA II

Sor JOSEFA

S. JOSEFA ¡Qué edificante ejemplo para un monasterio! Nombran abadesa a la primera advenediza, y luego sucede lo que ha de suceder. Veamos lo que dice la carta del canciller. (Lee.) «Suspenda usted la salida de Guillermina para el convento de Santa

Clara y cumpla usted las instrucciones de su padre. Igual aviso ha recibido la madre superiora. De dicha señora he hablado detenidamente con Monseñor, comunicándole cuanto usted me ha contado, y por toda respuesta me ha entregado la adjunta que usted pondrá en manos propias de Sor Teresa.» (Deja de leer.) ¡ Ahora descubro el objeto de su salida del convento !... Se ha visto con el padre de Guillermina y ha logrado hacerle variar en su propósito. ¿Pero qué interés puede tener por esa joven? Aquí se encierra un terrible arcano que yo sabré descubrir.

ESCENA III

Dicha y Sor CECILIA

S. CECILIA ¿No está aquí la madre superiora?

S. JOSEFA Entró ha poco en la sala de las educandas. Por cierto que estaba tan pálida y demudada que apenas la conocí.

S. CECILIA Se lo habrá parecido a usted, porque yo la vi en el oratorio...

S. JOSEFA No me lo ha parecido, Sor Cecilia, la madre superiora está muy cambiada.

S. CECILIA Habla usted de una manera que casi me hace suponer...

S. JOSEFA No suponga usted nada... se lo ruego. Suplico a usted, ya que es su amiga, se sirva entregarle esta carta de Monseñor ; y si no le es molestia, puede hacerlo también con su rosario, que esta noche pasada se ha encontrado en la calle. (Dándole ambos objetos.)

S. CECILIA ¡ Qué está usted diciendo... Sor Josefa !

S. JOSEFA Lo que usted oye, Sor Cecilia.

S. CECILIA ¡ Dios mío ! (¡ Qué será de esa pobre mujer !)

ESCENA IV

Dichas y Sor TERESA (1)

S. TERESA Sor Josefa, ¿y Guillermina? ¿Dónde está? La he buscado por todas partes...
S. JOSEFA Está en mi celda.
S. TERESA Suplico a usted que la mande venir.
S. JOSEFA Obedezco. Guillermina deja el convento.
S. TERESA (Un poco más serena.) ¿Cómo lo sabe usted?
S. JOSEFA Me lo ha escrito el canciller.
S. TERESA (¡Ha cumplido su palabra!) Vaya usted. (Sor Josefa se inclina. En cuanto ha salido ésta, vuelve Sor Teresa al mismo abatimiento.) ¡Dios mío! ¿Quién me dará fuerzas para resistir esta última y terrible prueba?
S. CECILIA (Con espanto.) ¡Ah, mi buena amiga, todo se ha descubierto!
S. TERESA (Estremeciéndose.) ¡Qué!
S. CECILIA ¿Dónde tiene usted sus rosarios?
S. TERESA ¿Mis rosarios? Están aquí. ¡Cielos! (Busca, no los encuentra y queda sorprendida.)
S. CECILIA (Mostrándoselos.) Tome usted. Se encontraron en la calle y fueron entregados por la portera a Sor Josefa, de quien los recibí, su-

---

(1) Está pálida y visiblemente cambiada. En ella se ve la huella del dolor inmenso que ha de llevarla al sepulcro, cuyo fin debe preparar la actriz; pero sin caer en la exageración. Estudie las diversas luchas que atormentan su alma, y procure hacerlas visibles; pero sin afectación ni aspavientos. Su voz será débil, pero no temblorosa, hasta que la pérdida de sus fuerzas materiales, consumidas por el dolor, aniquilen su cuerpo. Sobria en los sollozos; que si puede ahogarlos la esposa y la mujer ofendida, no puede dominarlos la pobre madre en un momento de expansión; causándole la muerte cuando para evitar el escándalo lo sacrifica todo. Sor Teresa es todo una señora, y de aquí que nunca debe abandonar la distinción que en ella es parte integrante de su sér. Hacemos esta descripción del carácter de Sor Teresa, para facilitar el estudio y ahorrarnos continuas advertencias.

friendo la amargura de escuchar vuestra acusación.

S. TERESA (Con vehemencia.) ¡ Humillada hasta este extremo ! ¡ Oh, eso es demasiado... demasiado. (Muy angustiada.)

S. CECILIA A más me entregó para usted esta carta de Monseñor.

S. TERESA (La toma maquinalmente.) ¡ Cosa extraña ! ¡ Cuatro cartas en dos días ! (La abre y a medida que va leyendo, su semblante se demuda.)

S. CECILIA (¡ Qué contendrá este escrito !)

S. TERESA (Después de leer y dando el papel a Sor Cecilia.) No podían encontrar más cruel y terrible suplicio para mi pobre alma... ¡ Paciencia ! ¡ En medio de mi martirio, tengo la mayor de mis alegrías ; la de haber salvado a la pobre Guillermina !

S. CECILIA ¡ De veras !

S. TERESA (Olvidando sus penas por un momento.) Sépalo usted todo, ya que está en mi secreto. Apenas puse el pie fuera de la puerta del jardín, apoderóse de mí un frío mortal. Su hermano me aguardaba con un vestido a fin de ocultar los hábitos, y apoyada en su brazo llegábamos a los pocos minutos a la casa de su madre. Aquella generosa mujer, conocedora de mis desventuras, prometióme secundar en todo, y lo cumplió noblemente.

S. CECILIA ¡ Pobre madre mía !

S. TERESA En un momento me vi elegantemente vestida, adornada con riqueza y conducida en carruaje a casa de don Gustavo. Al poner el pie en aquellos salones cubiertos de finísimas alfombras, radiantes de luz, perfumados por embriagadoras esencias, llenos de mujeres hermosas y ricamente ataviadas, sentí flaquear mis fuerzas, y me acordé del inminente peligro en que me encontraba, si llegase Sor Josefa a saber mi fuga del convento.

S. CECILIA ¿Y logró usted ver a don Gustavo?

S. TERESA (Empieza a turbarse de nuevo, volviendo al estado del principio de la escena.) Le vi, sí : le vi... humillado... pidiendo piedad... ¡ Oh ! En aquel momento, se lo confieso, y Dios me perdone, estaba orgullosa de mí. Aquel hombre altivo, que despreció la vida en cien batallas, temblaba ante una mujer que no tenía en su apoyo más que la justicia y la razón. Aquí tengo la carta que ha firmado en favor de Guillermina, y aquí tiene también las poderosas armas que conservo hace diez y ocho años inspirada por Dios sin duda. (Mostrándole el medallón y la sortija.)

S. CECILIA ¡ Su retrato !

S. TERESA Todo lo obtuve de aquel hombre orgulloso, todo. Pero ¡ ay de mí ! que desde aquel momento soy más desgraciada que nunca. Aquí... (Señala el corazón.) aquí... siento que se ha abierto de nuevo una herida incurable, y una gota de sangre que brote tan sólo, bastará para ahogarme. Cecilia, la hora tremenda se aproxima... y no sé... si tendré fuerzas para resistir tan terrible golpe... ¡ Pobre Isabel !... ¡ Pobre Sor Teresa !... (Derramando copioso llanto.)

S. CECILIA Por caridad, no se atormente usted.

S. TERESA Dentro de poco... estarán aquí... vendrá él... Gustavo, su padre... se llevará a Guillermina... todos serán dichosos... quedaré aquí entregada al llanto y a la desesperación. (Cae en un verdadero abatimiento. Pausa.)

S. CECILIA ¡ Amiga mía ! (¡ Virgen y madre de Dios, protéjela en su infortunio !)

ESCENA V

Dichas y GUILLERMINA

GUILLER. ¿ Ha preguntado usted por mí?

S. TERESA Sí. (La recibe cariñosamente sin poder pronunciar una sola palabra.)

GUILLER. ¡ Ay, madre ! ¡ Si supiese usted cuanto su-

fro ! ¡ Pido frecuentemente a Dios que me haga olviar a Donato, y en vano ! Antes podré morir cien veces que arrancarle de mi corazón.

S. TERESA Amale... ámale, pobre niña. El también te adora, y bien pronto seréis el uno del otro.

GUILLER. (Con alegría.) ¡ Qué es lo que está usted diciendo ! ¡ Dios mío, qué es lo que oigo !

S. TERESA La verdad, hija mía.

GUILLER. ¡ Ah ! Dígame usted quién ha sido el ángel benéfico que ha volado en mi auxilio.

S. TERESA La inmensa bondad de Dios. Sólo a él deben darse las gracias.

GUILLER. En medio de mi alegría, un inmenso dolor se me espera ; el separarme de usted. Pero yo prometo venir a verla todos los días y a recibir sus santos consejos... sí... (Con entusiasmo.) sí ; porque usted siempre será para mí, mi madre, mi buena madre...

S. TERESA Basta, basta. Tu padre va a venir al momento.

GUILLER. ¡ Mi padre !

S. TERESA Con él vendrán probablemente tu hermana, Donato y el Conde.

GUILLER. ¡ También Donato y mi hermana ! ¡ Oh, qué inmensa alegría ! Madre mía, usted que siempre ha deseado mi felicidad, olvide por amor mío, los males que turban sus días. ¡ Dios no puede abandonar a los buenos ; y usted lo es tanto !...

S. TERESA (Cada vez más agitada.) Toma esta carta ; en ella está consignado tu porvenir.

GUILLER. ¿ Qué carta es esta ?

S. TERESA Una carta de tu padre en la que te reconoce como legítima hija ; te señala parte de sus riquezas y te destina por esposa de Donato.

GUILLER. Pero, ¿ quién ha podido obrar tales prodigios ? (Sor Teresa, sin poder hablar, señala el cielo.)

S. CECILIA (Llorando en segundo término.) (¡ Pobre mujer ! ¡ Se me destroza el corazón !)

S. TERESA (Que ha logrado dominarse.) También hallarás en esta carta el nombre de tu infeliz madre... que nunca has conocido... y que... por un fatal... destino... no... te... será... dado... cono... (El llanto ahoga su voz. Guillermina al oir que en la carta se halla el nombre de su madre, la coge y busca con avidez, sin reparar en el estado de Sor Teresa.)

GUILLER. ¡ El nombre de mi madre ! ¡ Ah, quiero saberlo ! (Leyendo.) «Guillermina... hija de Gustavo Empoli y de Isabel Suárez.) (Cayendo de rodillas.) ¡ Pobre madre mía ! ¡ Ya no existe ! (Sor Teresa va a levantarse para abrazarla, pero Sor Cecilia le pone la mano suavemente en la espalda a cuyo contacto se deja caer en el sillón.)

S. CECILIA ¡ Paz a su alma !

S. TERESA (Casi sin voz.) ¡ Amén !

GUILLER. Usted que siempre me ha consolado, déme una vez siquiera en su nombre su maternal bendición. Ella, desde el cielo, sonreirá de ventura, y yo seré menos desgraciada, al llorar su pérdida irreparable.

S. TERESA (Fuera de sí.) ¡ Que yo te bendiga... en lugar de tu madre !... ¡ Que yo !... ¡ Pero tú no sabes que yo !... (Va a incorporarse. La voz de Sor Cecilia la detiene.)

S. CECILIA ¡ Madre abadesa ! (La entonación de ésta a la vez que suplicante como para que acceda al deseo de Guillermina, es recordándole su deber. Sor Teresa se domina de nuevo ; pero cada una de esas emociones se lleva parte de su vida.)

S. TERESA ¡ Supremo Dios ! ¡ Bendecid como yo bendigo a la hija de Gustavo Empoli y de Isabel Suárez, y sedle tan propicio como lo desea mi corazón !

S. CECILIA (La angustia la está matando.)

S. TERESA Ahora, Guillermina, abrázame... porque desde este instante me perteneces más que nunca.

GUILLER. (Abrazándola con vehemencia.) ¡ Madre !... ¡ Madre mía !

ESCENA VI

Dichas y Sor MARÍA

S. MARÍA Madre abadesa.
S. TERESA ¿Qué ocurre?
S. MARÍA Las amigas de Guillermina, desean verla antes de que parta.
S. TERESA Es muy justo. Yo mismo la acompañaré. Sírvase usted, Sor María, participar a todas las hermanas que he de comunicarles una importante disposición de Monseñor, que creo que alegrará a algunas. (Vase con Guillermina.)

ESCENA VII

Sor MARÍA y Sor CECILIA

S. MARÍA ¿Qué le pasa a la madre superiora?
S. CECILIA Yo no lo sé.
S. MARÍA Parece que está muy desconsolada.
S. CECILIA Así me pareció.
S. MARÍA ¿Usted no ha notado qué pálida y demudada está? Si cualquiera diría que está en la agonía. ¿Existe tal vez algún triste motivo que haga temer por su vida?...
S. CECILIA Lo ignoro.
S. MARÍA Usted, que es su íntima amiga... a quien ella quiere tanto...
S. CECILIA A todas nos quiere con el mismo cariño.
S. MARÍA Sin embargo... Sor Josefa y yo no podemos decir lo mismo...
S. CECILIA Suplico a usted, hermana, que variemos la conversación.
S. MARÍA Como usted guste. (Suena la campana de la portería.)
S. CECILIA La campana de la portería.
S. MARÍA Sin duda será la familia de Guillermina: voy a cerciorarme. (Vase.)

ESCENA VIII

Sor CECILIA

S. CECILIA Este será el momento supremo para esa infeliz mujer. El cielo la conceda fuerzas bastantes para resistir tàn terrible suplicio.

ESCENA IX

Sor CECILIA y Sor MARÍA

S. MARÍA No me engañé. La familia de Guillermina. Voy a advertir a la madre superiora.

S. CECILIA Iré yo misma. Usted, como una de las antiguas, podrá recibir a esos señores.

S. MARÍA Como usted quiera. ¡Oh! Ya llegan acompañados de Sor Josefa. (Vase Sor Cecilia.)

ESCENA X

Sor MARÍA, Sor JOSEFA, EUGENIA, el CONDE, don GUSTAVO y DONATO

(Sor Josefa entra la primera. Se baja el velo.)

S. JOSEFA Sírvanse ustedes pasar, señores.

GUSTAVO Gracias.

S. JOSEFA (A Sor María.) Avise usted a la madre superiora.

GUSTAVO No se molesten ustedes.

S. MARÍA Sor Cecilia pasó èl aviso.

S. JOSEFA ¿Con qué han resuelto ustedes llevársenos a Guillermina?

GUSTAVO Así lo hemos determinado, y aprovecho esta ocasión, para darla a usted particularmente gracias por cuanto hizo en su obsequio. Circunstancias especiales, que

quizás muy en breve sepa, me obligan a esta decisión.

S. JOSEFA ¿Quizás influya en mucho algún mensaje llegado a usted la pasada noche? (Todo este diálogo muy bajo, aparte de los otros personajes.)

GUSTAVO ¿Cómo lo sabe usted?

S. JOSEFA Yo lo sé todo. (Con intención.)

GUSTAVO ¿Por ella?

S. JOSEFA No: por mí.

GUSTAVO ¡Por usted misma! Sor Josefa, ¿qué quiere usted decir?

S. JOSEFA Que como velo siempre... rara vez me equivoco.

GUSTAVO ¿Luego la veré aquí?

S. JOSEFA Sí, señor: pues no la ha de ver...

GUSTAVO ¿Y dónde está ahora? ¿Y Guillermina?

S. JOSEFA Están juntas.

GUSTAVO ¡Oh! ¡Soy feliz!

S. JOSEFA Silencio: luego hablaremos. Hacia aquí vienen la madre superiora y su hija.

EUGENIA Estoy ansiosa de abrazar a mi hermana. (Que ha conversado con el Conde y Donato.)

CONDE ¿Pero cuando me explicarás todos estos misterios?

DONATO Quizás dentro de breves momentos.

ESCENA FINAL

Dichos, Sor TERESA, GUILLERMINA, Sor CECILIA y todas las monjas

(Sor Teresa viene conduciendo a Guillermina. Estará desfigurada.)

DONATO ¡Guillermina! (Queriendo dirigirse a ella.)

EUGENIA ¡Hermana mía!

GUILLER. ¡Donato! (Sor Teresa contiene a Guillermina y al propio tiempo detiene a Donato con un ademán.)

GUSTAVO ¡Mi querida hija! (Corriendo hacia ella.)

GUILLER. ¡Padre mío! (Arrojándose en sus brazos.)

S. TERESA (A Sor Cecilia.) (¡Las fuerzas me abandonan!)

S. CECILIA (¡ Animo !)

S. TERESA (¡ Se me ofusca la vista... se me rompe el corazón !...)

EUGENIA ¡ Hermana !... (Que ha pasado de los brazos de su padre a los de su hermana.)

GUILLER. ¡ Qué día tan feliz es este para mí ! (A Sor Teresa.) ¡ Madre, a vos lo debo todo ! (Sor Teresa, después de estrecharla contra su seno, la entrega a don Gustavo, diciéndole :)

S. TERESA Le pertenece.

GUSTAVO (A Donato.) He aquí a tu esposa.

S. TERESA (Reuniendo todas sus fuerzas.) Prometa ante Dios y su padre... y ante su madre... que le escucha... desde el cielo, que la hará usted feliz.

GUSTAVO (Absorto.) (¡ Esta voz !)

DONATO Lo juro.

CONDE ¡ Hija mía ! (Sor Teresa, en tanto que la familia celebra su unión, hacia el foro, con paso vacilante, se coloca en medio de la escena, entrega una carta a Sor Josefa y dice :)

S. TERESA Sírvase usted leer lo que me escribe Monseñor y perdonadme todas... queridas hermanas... si en algo he faltado a mis deberes... (Apoyada en el sillón, pero de pie.)

S. CECILIA (¡ Valor, Sor Teresa, valor !)

S. JOSEFA (Leyendo) «Desde el momento en que se dé lectura de la presente, cesaréis en el cargo de abadesa de este santo monasterio, marchando al de igual nombre en Madrid ; lo que he comunicado a quien corresponde para los fines consiguientes.»

S. CECILIA ¡ Ah ! ¡ Se va ! Se va y quizás para siempre. (Algunas monjas se le acercan.)

S. TERESA (Muy débil.) ¡ Así lo ha dispuesto Dios !

GUILLER. (Llorando.) ¡ Y no volveré a verla !

S. TERESA Jamás ; pero eres feliz... y esto basta. Don Gustavo... usted... aguarda...

GUSTAVO ¡ Luego usted sabe también !...

S. TERESA Todo. Usted... espera... a...

GUSTAVO A mi espo...

S. TERESA (Cortándole la palabra. Estúdiese.) Esa... no pue-

de... venir; pero por mi mano le remite estas prendas.

GUSTAVO ¡ Esto no es posible ! Ella no puede faltar a su promesa.

S. TERESA Tome usted : diez y ocho años... los ha... guardado... sobre su... corazón...

GUSTAVO Yo quiero...

S. TERESA Su obstinación... matará... más pronto... a esa... mujer...

S. JOSEFA ¡ Qué significa todo esto !

GUSTAVO Yo la salvaré : porque esa mujer me pertenece.

S. TERESA ¡ Ella... pertenece a Dios ! (Haciendo un esfuerzo para decir la frase con entereza. Pronunciada, cae en brazos de las monjas.)

GUSTAVO ¡ Qué sospecha ! (Va hacia Sor Teresa.)

S. CECILIA ¡ Caballero ! ¡ Deteneos ! (Amparándola.)

GUSTAVO (Sin hacer caso de Sor Cecilia va a Sor Teresa y la levanta el velo.) ¡ Cielos ! ¡ Qué veo ! ¡ Isabel Suárez ! (Cúbrese el rostro con las manos y retrocede. El Conde y Donato le consuelan.)

GUILLER. (Cayendo de rodillas.) ¡ Esa es mi madre !

S. TERESA (En las ansias de la muerte.) Todo... ha... concluído... Dios... mío... perdón...

GUILLER. (Fuera de sí.) ¡ ¡ Madre ! !

S. TERESA ¡ Hi...ja !... (Muere. Pausa, durante la cual una de las monjas, a la señal de Sor Josefa, sale de la escena. Sor Cecilia la inspecciona llamándola.)

S. CECILIA ¡ Sor Teresa !... ¡ Sor Teresa !... (Con solemnidad.)

GUSTAVO (Con ansia inmensa.) ¿Y bien?...

S. CECILIA (Las campanas doblan.) ¡ Ha muerto !...

S. JOSEFA ¡ Roguemos por su alma ! (Las monjas se arrodillan, Guillermina solloza sobre el cadáver de Sor Teresa. Eugenia, de rodillas también, procura consolar a su hermana. Don Gustavo, presa del dolor, contempla su obra. El Conde y Donato en segundo término. Este cuadro y el toque de las campanas no cesará hasta que lo cubra el telón.)

FIN DEL DRAMA

BIBLIOTECA

TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21.—BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

1. La princesa del dollar
2. La Ola gigante
3. El señor Conde de Luxemburgo
4. Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes
5. El Sol de la Humanidad
6. Zazá
7. Mujeres Vienesas
8. Hamlet
9. Giordano Bruno
10. El nido ajeno
11. El Rey
12. Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV
13. Los Miserables
14. La ladrona de niños
15. Los dioses de la mentira
16. Cristo contra Mahoma
17. Juventud de Príncipe
18. Juan José
19. La sociedad ideal
20. La cizaña
21. Entre ruinas
22. La vida es sueño
23. Sabotage
    Pasa la ronda
24. Magda
25. El papá del Regimiento
26. El Alcalde de Zalamea
27. Los dos pilletes
28. D. Juan de Serrallonga
29. El Rey Lear
30. Espectros
31. Las Cigarras Hormigas
32. El registro de la policía
33. El vergonzoso en palacio
34. La fuerza de la conciencia
35. Aurora
36. Eva
37. El Bufón
38. El cuchillo de plata
39. Nick Carter
40. La cena de los cardenales
    ¡Justicia humana!
41. El señor feudal
42. El veranillo de S. Martín
43. El desdén con el desdén
44. Cuento inmoral
    Amor de amar
45. La dama de las camelias
46. La domadora de leones
47. Los dos sargentos franceses
48. El Místico
49. García del Castañar
50. La fierecilla domada
51. El honor
52. El sí de las niñas
53. María Antonieta
54. La viuda alegre
55. El conde de Montecristo
56. Otelo
57. El Barbero de Sevilla
58. Daniel
59. Pecado de juventud
60. Nadie más fuerte que Sherlock Holmes
61. La muerte civil
62. La apuesta de Don Juan Tenorio
63. Sor Teresa o El claustro y el mundo

Precio: DOS pesetas